CARLOS ARNICHES

ME CASÓ MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS



1927

ME CASÓ MI MADRE

O LAS

VELEIDADES DE ELENA

CARLOS ARNICHES

ME CASÓ MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO INFANTA ISABEL, DE MADRID, LA NOCHE DEL 18 DE NOVIEMBRE DE 1927.



Imprenta del P. de H. de los Cuerpos
de Intendencia é Intervención Militares.
Caracas, 7.--Madrid.—1927

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Amparo Martí.
LEONA	María Brú.
SIXTA	Concha Ruiz.
MARGARITA	Isabel Garcés.
BÁRBARA	Adela Santaularia.
DOÑA PALOMA	Amparo Martínez.
EL PADRE LUCAS	Pedro Sepúlveda.
AMADOR	Salvador Mora.
DON AGUSTIN	Antonio Suárez.
SEÑOR ALAMEDA	Pedro González.
JAVIER	Roberto Iglesias.
DON LISARDO	Miguel Escobar.
CIRILO	Pedro Valdivieso.
BORRAJO	Rafael M. Acebal.

La acción del acto primero, en Madrid. La de los actos segundo y tercero, en un pueblecito de la provincia de León, que podría llamarse Prádanos del Lebrato.—Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Despacho de Agustín. Pieza elegante de un abogado en ejercicio. En el fondo, puerta de entrada que, al abrirse, deja ver un hall muy lujoso. A la derecha, puerta que da al despacho de los pasantes. A la izquierda, dos puertas que dan a habitaciones interiores. Sobre la mesa, libros, legajos, papeles; en una mesita adecuada, una máquina de escribir. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y ALAMEDA.

(Al levantarse el telón, Alameda pasea por el despacho dictando de un legajo a Margarita, que escribe a máquina. El ruido que produce el tecleo es el único que se escucha hasta un instante después de subir la cortina).

MARGARITA.—Y en cumplimiento del artículo 348..., con cifra. *(Deja de escribir).*

ALAMEDA.—El letrado que suscribe...

MARGARITA.—Que suscribe..., con be indecisa.

ALAMEDA *(Vacilando).*—Ponla de una estatura regular, que no tengo seguridad.

MARGARITA.—Que suscribe..., con be indecisa.

ALAMEDA.—Comunica a ese Juzgado, con mayúscula.

MARGARITA. *(Escribiendo).*—Juzgado, con mayúscula.

ALAMEDA.—Que en el juicio de desahucio que contra mi defendido interpuso el recurrente...

MARGARITA. *(Dejando de escribir).*—Recurrente, ¿con cuántas erres?

ALAMEDA.—Ponle tres nada más, que pleitea por pobre.

MARGARITA.—Que interpuso el recurrente...

ALAMEDA.—Lo amenazó, con acento en la o.

MARGARITA.—En la o...

ALAMEDA.—A pesar de hallarse, con hache, en cama, con ce, enfermo...

MARGARITA.—¿Con qué

ALAMEDA.—Con catarro.

MARGARITA.—Catarro, ¿cómo suena?

ALAMEDA.—Como suena. Le amenazó con ponerle los muebles en la calle.

MARGARITA.—En la calle...

ALAMEDA. *(Se levanta y pasea).*—Amenaza que adquiere caracteres gravísimos a juicio de este letrado...

MARGARITA.—Letrado...

ALAMEDA.—Porque mi cliente vive en la plaza de Canalejas.

MARGARITA.—Lejos...

ALAMEDA.—Lejos. Y desahuciarlo no es ponerle los muebles en la calle...; es ponerle los muebles en las cuatro calles... Y no hay artículo en el código que autorice semejante demasía.

MARGARITA.—Demasía...

ALAMEDA. *(Admirado).*—¡Qué sagacidad la de don Agustín en las alegaciones, eh? *(Se acerca a Margarita).*

MARGARITA.—¡Portentosa!

ALAMEDA. *(Que se fija en lo que ha escrito).*—¡Pero, Marga, por Dios, que has puesto calle con y griega!

MARGARITA.—¿Y es con i latina?

ALAMEDA.—No, señora; es con elle. Es calle y no caye.

MARGARITA.—Es verdá, que caye es del verbo cayar.

ALAMEDA.—No, señora; caye no es de ningún verbo, y más vale que te cayes..., ¡porque, caramba, tienes una ortografiíta que ya, ya!...

MARGARITA.—Detestable, sí señor; lo confieso. Ya vé usted, en la última casa que estuve, que eran aragoneses, la primera vez que puse festejo con jota me dieron un banquete.

ALAMEDA.—Por menos se los dan a otros, no creas.

MARGARITA. *(Levantándose y con cierta aflicción).*—Y además, señor Alameda..., no puedo ocultarlo por más tiempo, vaya...; quiero confesárselo a usted todo. Es que hoy..., hoy me encuentro excitada, nerviosísima...

ALAMEDA.—¿Pues que te pasa, hija?

MARGARITA.—Pues me pasa que desde anoche tengo un disgusto horrible, que no he podido pegar los ojos, señor Alameda. *(Llorosa).*

ALAMEDA. *(Interesado).*—¡Caramba, no llores, hija!... Y explícame qué te ocurre...

MARGARITA.—Pues una friolera. Verá usté... *(Se seca las lágrimas).* Que anoche me llamó don Agustín y me dijo... ¿Qué dirá usté que me dijo?

ALAMEDA.—¡Qué sé yo lo que te puede decir a tí don Agustín por la noche!...

MARGARITA.—Pues asómbrese usté. ¡Me dijo que me buscase otra colocación! *(Llora).*

ALAMEDA.—¡Canario!...¿Es posible?... ¿Pero qué me dices?... ¿Te despidió?

MARGARITA.—Me despidió, sí señor. Yo, afligida y sin saber a qué atribuir aquéllo, le pregunté si el prescindir de mí era por la ortografía, y me dijo: No, hija, a mí me pones telescopio en tres palabras, que es como tú escribes, y no siendo en un telegrama, que me las cobran, no me molesta... Te despido—me añadió—, te lo diré en secreto, porque voy a quitar el bufete.

ALAMEDA. *(Aterrado).*—¡Caramba!... ¿Qué dices?... ¿Quitar el bufete don Agustín?... ¡Tú no debes haber oído bien, Margarita!

MARGARITA.—Sí, señor. ¡Quitar el bufete!

ALAMEDA.—¡Dios mío; pero qué motivo puede tener un joven cuya celebridad creciente...

MARGARITA.—¡Eso me preguntaba yo!

ALAMEDA.—Quitar el bufete un abogado en pleno éxito. Y si no ahí está el reo de Peñalosa, para quien el fiscal pedía tres penas de muerte y él consiguió que se lo dejaran en una y media...

MARGARITA.—¡Aún le están felicitando!...

ALAMEDA.—Por más que pienso, no comprendo... *(Suena el timbre del teléfono).* Espera, que llaman al teléfono. *(Coge el auricular, que está sobre la mesa, y habla).* Sí, señor; es el tres, uno, tres, tres, tres... tres, tres, tres... ¿Que si es la casa del señor Melón?... *(Con enfado).* No, señor. Ni es la casa del señor Melón, ni aquí hay ninguna Pepita... Eso en casa de su papá de usted..., ¡so calabaza!... *(Cuelga indignado).* ¡Pues vaya!...

MARGARITA.—Debe ser alguna broma.

ALAMEDA.—¡Pues nos ha cogido en un momento para bromas!

MARGARITA.—¿No será el guasón de Borrajo, que desde cualquier sitio...?

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y BORRAJO.

(Entra por el foro BORRAJO, *llevando en la mano el bolso adamascado de una toga y unos legajos).*

ALAMEDA.—No, no es Borrajo, porque ahí lo tienes.

BORRAJO. *(Entra muy serio).*—Buenos y jurídicos.

ALAMEDA.—Hola, Borrajo.

Borrajo.—¿Hablaban ustedes del compareciente?

Margarita.—Creíamos que era usté uno que nos acaba de dar una broma telefónica.

Borrajo. *(Iracundo).*—¡Sí, pues bonito vengo yo pa bromas!... ¡Maldita sea la curia! *(Tira el sombrero contra una silla).* ¡Estoy que me hacen una fiesta onomástica y muerdo!... No les digo a ustedes más.

Margarita.—¿Pues que le pasa a usté?

Borrajo.—¡Desesperao! Vengo de la Audiencia. ¡Hemos tenido vista!

Alameda.—¿Y qué tal ha informado don Agustín?

Borrajo.—¡Calle usted, señor Alameda, una desdicha!... Nos estamos desacreditando... ¡Torpe, pesao!... Yo no sé qué le pasa a ese hombre; pero a ese hombre le pasa algo homogéneo.

Alameda.—¿Pero tú a que le llamas homogéneo?

Borrajo.—Pues como no sé lo que es homogéneo, le llamo homogéneo a todo lo que no sé lo que es.

Margarita.—Tiene cierta lógica, sí.

Alameda.—¿Y el informe que ha pronunciado ha sido ante la sala cuarta?

Borrajo.—Sí, señor, ante la sala cuarta; pero a los cinco minutos de hablar aquello ya no era sala; aquello era una alcoba. Se le ha dormido hasta el relator. *(Nervioso, mueve la bolsa oscilándola nerviosamente).*

Margarita.—¿Y qué ha dicho el fiscal?

Borrajo.—El fiscal ha dao un ronquido que se le ha volao la acusación.

Alameda.—Menos mal.

Margarita.—¿De modo que la vista?...

Borrajo.—¡Pa gafas!... Pero lo peor..., lo peor no ha sido eso...; lo peor..., ¡horripílense ustedes!..., es que cuando yo le estaba quitando la toga a don Agustín en la sala de letraos, va y me dice, tirando la colilla del cigarro que se fumaba: «Borrajo, esto se ha acabao». Me abrazó con los brazos, se le cayeron dos lágrimas de los ojos como dos avellanas sin cascar y me agrega: «Este es mi último informe. Te regalo la toga; véndela en el Rastro y búscate otra colocación, Borrajo».

Alameda *(Desesperado).*—¡Borrajo! ¿Pero qué me dices?

Margarita.—¿Lo oye usted?... ¿Lo está usté oyendo?... ¡Lo mismo que a mí!

Borrajo.—Amos, yo me he quedao de una pieza, señor Alameda, porque esto es mi perdición; sí, señor; esto es mi ruina, pero que mi ruina... *(Nervioso da vueltas a la bolsa y propina con ella un golpe a Alameda).*

Alameda.—Bueno, pero ten cuidado con las oscilaciones de la bolsa, ¡caramba!, si no al que vas a arruinar va a ser a mí.

Borrajo.—Porque, ¿dónde me coloco yo ahora?

Alameda.—Colócate ahí enfrente..., que me has dado con una cosa muy dura.

Borrajo.—La ley de Enjuiciamiento criminal, que va ahí dentro.

Alameda.—Pues es más dura que una piedra.

Margarita.—¿Pero vé usté, señor Alameda; vé usté lo que yo le decía?

Alameda.—¡Vamos, que yo me vuelvo loco!... ¿A qué puede obedecer esto tan extraño, tan inesperado ... Abandonar en plena juventud una carrera brillante, cerrar un bufete que da de catorce a diez y seis mil duros al año... y dejar en la calle a tres empleados que, no es porque estemos nosotros delante, pero vamos... Ah, no, no... Esto es algo misterioso y enigmático que hay que averiguar.

Margarita.—Sí, hay que averiguarlo a todo trance, señor Alameda.

Alameda.—Bueno, y pienso yo... Todo esto, ¿no será cosa de alguna mujer?

Borrajo. *(Con misterio).*—¡Ahí le duele!

Margarita.—¡Qué sé yo! Me parece a mí don Agustín demasiado serio para...

Alameda.—No, de eso de seriedad en cuestión de faldas no te fíes. Yo tuve un primo que coleccionaba esquelas mortuorias, que ya ves si es serio, y tuvo diez y nueve hijos. Cuatro en el mismo año.

Borrajo.—Item más; yo puedo decir a ustedes que hace dos meses don Agustín tenía una novia; ustedes lo recordarán.

Margarita. *(Algo despechada).*—Sí, pero era un tipo...

Borrajo.—Un tipo precioso, no diga usté... Rubita, altita, monísima.

Margarita.—Sí, pero aquello acabó.

Alameda.—Bueno, ¿pero por qué se acabó? Pues porque don Agustín, en un pleito que tenía el padre de su novia, defendió a la parte contraria y cometió la torpeza de ganarle el asunto a su futuro suegro, intentando demostrarle de ese modo su habilidad jurídica para que en lo sucesivo le encargara de todos sus pleitos; pero en vez de esto se encontró con que aquel señor lo tomó a mal y le dijo a la hija que como volviese a mirar a don Agustín le daba una paliza superrealista... La chica se atemorizó, con cierta razón. Al padre le llaman en Madrid el As de bastos, porque creo que manejando la estaca es un verdadero As... Y dejaron las relaciones y no se han vuelto ni a saludar. Por eso creo que es muy posible que tenga razón Borrajo.

Borrajo.—¿Que si la tengo?... No lo duden ustedes. Item más: desde que acabó con su novia, don Agustín ha cambiao.

Margarita.—No ha cambiao.

Borrajo.—Ha cambiao. Ha enflaquecido de una forma, que le pone embozos al chaleco y no necesita capa. Y él, que antes era tan alegre y tan generoso, ahora le da usté la vuelta de un duro y cuenta la calderilla.

Margarita.—¿La calderilla?

Borrajo.—¡La calderilla! ¿Ha cambiao o no ha cambio?

Margarita.—¡Dios mío, si fuera eso!...

Alameda.—Es lo más probable. De todos modos hay que averiguarlo.

Margarita.—Indispensablemente... Y si es por eso por lo que quiere malbaratar su porvenir; si es por esa cursi, que no vale la pena, por la que..., yo soy capaz de...

Borrajo.—Chits... Callen ustedes... ¡Don Agustín!

ESCENA TERCERA

Dichos y Don Agustín (joven elegante).

Don Agustín. *(Entra por el foro, nervioso, tratando de disimular con una fingida jovialidad su honda preocupación).*—¡Hola!... ¿Ustedes?... ¿Qué tal? ¿Se ha trabajado mucho? ¿Ha venido gente?... Bien, bravo, me alegro, perfectamente, bueno, nada... *(A Borrajo).* Cuélgame ahí el sombrero... *(Le da un rollo de papeles).* Usted *(A Margarita)* póngame sobre la mesa esa providencia... *(Le da el sombrero).*

Margarita. *(Aterrada).*—(Le llama providencia al hongo).

Don Agustín. *(A Alameda, dándole el gabán).*—Y usted déjeme el bastón en la...

Alameda.—¿Cómo el bastón?

Don Agustín—Bueno, sí, el... *(Palpándose los bolsillos).* ¿Pues dónde habré metido yo el bastón que no me...? ¿Me lo habré fumado?... Bueno, ustedes ya tendrán la bondad de poner cada cosa en su... De manera que dicen ustedes que ha venido poca gente, ¿eh?

Alameda.—¡Nosotros no hemos dicho nada todavía, don Agustín!

Don Agustín.—No, sí, sí... Si ya les he oído... y, desde luego, de acuerdo... Bien, perfectamente... Pues nada... Tome usted un cigarro, amigo Alameda... *(Le da un rollo de papeles).* Usted. *(A Margarita).* Sáqueme dos copias de esto. *(Le da un puro habano).* Y tú *(A Borrajo)*, ponme esto en limpio. *(Le da un gabán lleno de barro. Los tres dependientes se miran consternados).* Y ahora, yo me voy a mi mesa a...

Alameda. *(Deteniéndolo).*—¿Pero dónde se va usted a sentar?

Don Agustín.—Ah, sí, que es el cesto de los papeles. No

me había... *(Se sienta en el sillón).* Bueno, ¿y usted tiene algo para mí, querido Alameda?

ALAMEDA.—Sí, señor. Tiene usted que redactar el recurso de Pérez, que quiere pleitear por pobre. Dice que cómo le demostraría al Tribunal que se ha quedado en la miseria.

DON AGUSTÍN.—Pues que diga que va a los toros todas las corridas.

ALAMEDA.—Y también tengo para consulta la sentencia contra Mínguez.

DON AGUSTÍN.—¿Qué Mínguez?

ALAMEDA.—El peluquero, que ha perdido el pleito y dice que qué hace.

DON AGUSTÍN.—¿Que qué hace el peluquero ... Pues apelar.

ALAMEDA.—Es lo lógico.

DON AGUSTÍN.—¿Nada mas?

ALAMEDA.—Nada más.

DON AGUSTÍN.—Muy bien, bravo, magnífico. Pues nada..., perfectamente... De modo que, bueno... Ustedes al trabajo, ¿eh? Entren ahí, en su despacho... *(Les señala la librería. Los tres se miran, aterrados, en silencio).*

ALAMEDA.—¡Que es la librería, don Agustín!

DON AGUSTÍN.—¡Ah, sí!... Deseo estar solo algunos momentos. He de estudiar una cuestión gravísima e interesantísima...

BORRAJO.—Entonces, ¿no recibe usté a nadie?

DON AGUSTÍN.—A nadie. Retirarse... *(Inician el mutis).* Chits, un momento. *(Se paran).* ¿He dicho a nadie?

BORRAJO.—¿Ha dicho a nadie?

ALAMEDA *y* MARGARITA.—A nadie.

DON AGUSTÍN.—Bueno, pues he dicho mal; porque he de recibir a un pariente mío. El único que me queda, por cierto.

BORRAJO.—¿Y qué señas tiene?

DON AGUSTÍN.—No me acuerdo en este momento... La última vez que lo ví tenía yo cuatro años, y a esa edad la memoria... De modo que no lo conozco; pero le he mandado venir de Béjar, porque tendrá que encargarse de un asunto mío urgentísimo y gravísimo.

LOS TRES. *(Con terror).*—¿Gravísimo?...

DON AGUSTÍN. *(Con disciplencia).*—Sí. Pero, vamos... no alarmarse... En realidad, no es nada.

ALAMEDA.—¿Ese señor es letrado?

DON AGUSTÍN.—Fabricante de juguetes. El tren debe haber llegado a las diez: son las once y media. De modo que no tardará. En cuanto llegue, avisarme. Retirarse.

LOS TRES.—Sí, señor. *(Vuelven a iniciar el mutis).*

DON AGUSTÍN.—¡Ah!... *(Se detienen).* Se llama Amador García Becerro... Pero, a pesar de llamarse así, ya no es joven.

Ténganlo en cuenta... ¡Ah! Y cuando se vaya mi primo, he de hablar también con ustedes.

Los tres.—¿Con nosotros?

Don Agustín.—Sí; de algo muy interesante.

Alameda.—¿Y no podría usted indicarnos?...

Don Agustín.—Nada; por ahora, nada. Sólo les anticiparé que les quiero a ustedes mucho, pero mucho... *(Los abraza, conmovido).*

Alameda.—¡Don Agustín, parece usté afectado!...

Don Agustín.—No, no, quiá, nada... No alarmarse... Y que pienso dejarles..., digo, darles una prueba de mi cariño y de mi... *(Señalándoles el armario).* Nada más. Retirarse. *(Vuelve a abrir el armario).*

Borrajo.—(Pero qué osesión con el armario. ¿Pa qué nos querrá guardar?) *(Vanse los tres, perplejos, absortos, mirándose extrañados. Salen foro).*

ESCENA IV

Don Agustín.

Don Agustín.—Y ahora... *(Se levanta y cierra todas las demás puertas).* Ya estoy solo. ¡Solo!... en estos supremos, en estos últimos instantes de mi vida... Serenidad, Agustín. Una vacilación, un titubeo, le daría a la tragedia un aspecto ridículo, grotesco... Debo morir como muere un hombre. ¡¡Morir!! *(Mira unos retratos que tiene encima de la mesa, besándolos).* Adiós, papá... Adiós mamá. Mejor dicho, hasta luego... *(Requiere pluma y papel, y escribe).* «Señor juez del distrito de Buenavista: Mi querido amigo y compañero. Hoy, a las doce y cuarenta y cinco, deserto de la vida. Perdone usted que este último viaje lo someta a un horario de ferrocarril; pero es que a esa hora, precisamente a esa hora, caerán rotas todas las ilusiones de mi juventud, de esta juventud que va a tener su trágico epílogo en las puertas del convento de las Hermanitas Reparadoras de San Juan Ante-Portam Latinam, Lagasca, 248 provisional. De este fin sangriento no se culpe a nadie. Es decir, podría culparse a doña Paloma Sánchez Torongil; pero quiero evitar a usted el par de coces con que sería acogido por esta señora, llamémosla así, y a la que han puesto Paloma, para disimular. Lleva herraduras en las alas, no le digo a usted más. Dejo todos mis documentos en regla; testamento, esquela de defunción... *(Dan golpes en la puerta con los nudillos).* ¿Quién?

ESCENA V

DICHOS, BORRAJO. Luego, AMADOR.

BORRAJO. *(Entorna la puerta y mete la cabeza).*—Servidor, don Agustín. ¿Se puede?

DON AGUSTÍN.—¿Qué pasa?

BORRAJO.—Que acaba de llegar su pariente de usted, el señor Toro...

DON AGUSTÍN.—¡Becerro, hombre!

BORRAJO.—Sí, es verdad; pero como ya es entrao en años, se confunde uno.

DON AGUSTÍN.—Ya te lo advertí. Dile que pase.

BORRAJO. *(Como hablando con alguien que aguarda).*—Que tenga usted la bondad... *(Aparece en la puerta* AMADOR. *Es un tipo de hombre provinciano, cincuentón, descuidado en el vestir; pero parlanchín y jovial).*

AMADOR.—¡Agustín!... ¿Porque supongo que será usted?...

DON AGUSTÍN.—¿Amador?... *(Le abraza).*

AMADOR.—El mismo. Aprieta, chiquillo; aprieta. ¡Estás desconocido!... ¡Claro; hace veinticuatro años que no te veo!...

DON AGUSTÍN.—¡Y tengo veintiocho, conque usted verá!

AMADOR.—Nada, desconocido, desconocido... Y a mí, ¿cómo me encuentras?

DON AGUSTÍN.—Desconocido también. Pero tanto gusto. ¡Siéntese, siéntese!...

AMADOR.—¿Qué es eso de «siéntese»?... Siéntate... Debemos tutearnos.

DON AGUSTÍN.—Sí, hombre; encantado por mi parte. Siéntate. *(Se sientan).*

AMADOR.—Bueno con Agustinito, hombre. Bueno, bueno... Oye, ya no tendrás aquélla ama de cría tan...

DON AGUSTÍN.—¡No, claro! Ya...

AMADOR.—¡Chiquillo, que guapa era... y que...! Las veces que la obligué yo a que te diera... con objeto de... Me entretenía mucho... ¡Te teníamos así! *(Indicando gordura).*

DON AGUSTÍN.—¡Bueno, hombre, bueno, caramba!...

AMADOR.—Pues nada, chiquillo, que ayer recibí tu apremiante telegrama para que viniese, y aquí me tienes, a tus gratas órdenes.

DON AGUSTÍN.—Bien, querido Amador. Pues, ante todo, he de pedirte mil perdones por haber alterado tu vida.

AMADOR.—¡No, no; de ninguna manera! Yo no podía dejar de acudir a tu llamamiento con urgencia. Me decías que ne-

cesitabas encargarme de una cosa grave, y como yo soy el único pariente que te queda, pues...

Don Agustín.—¡En efecto, el único! Por eso he pensado en tí.

Amador.—Somos primos terceros.

Don Agustín.—Sí; tú eres hijo del tío Javier, casado con doña Enriqueta...

Amador.—¡No, hombre! Yo soy hijo del tío Secundino, casado con doña Paula... ¿no te acuerdas?

Don Agustín.—¡Ah, sí! Doña Paula, que tenía dos hermanos, Pepita y Antonio.

Amador.—¡No, hombre! Rigoberto y Andrea...

Don Agustín.—¡Ah, Andrea!... Sí; la casada con Mínguez.

Amador.—¡No, hombre! La casada con Pérez.

Don Agustín.—(No doy una). Bueno, dispensa que no recuerde...

Amador.—Nada, chiquillo; nada. El tiempo que trabuca... Disculpadísimo. Soy un comprensivo.

Don Agustín.—Y a tí, ¿cómo te va por Béjar?

Amador.—Pésimamente, chico. Allí me tienes siendo el alma de la fábrica de juguetes de Atilano Pérez Sansón... Le he hecho millonario, y me paga con un sueldo exiguo. Soy un explotado; porque yo, no sólo elaboro, sino que invento. El clown que piruetea, mío; el jilguero que canta, mío; el perro que ladra, mío, y el gato que maya, mío...

Don Agustín.—¡Caramba, no sabía!...

Amador.—Mío, mío... Tú habrás oído hablar de las muñecas de Sansón.

Don Agustín.—¡Ya lo creo, muchísimo!

Amador.—Pues se las he acreditado yo. Hasta ahora, las muñecas solo decían «papá» y «mamá»... Bueno; pues ahora, yo las tengo con mantón de Manila, creación mía, que dicen «gachó, «chipén» y «a mí, plín».

Don Agustín.—¡Caramba! ¡Maravilloso!

Amador.—¡Ah, si yo hubiera tenido un capitalito para establecerme! Le arruino. ¡Odio a ese explotador!... ¡Ah, si algún día pudiera!... Pero, en fin, dejemos esto. Tú nada tienes que ver con mis rencores. Conque perdona esta digresión y vamos al asunto que te obligó a sacar de su destierro a este pobre juguetero.

Don Agustín.—Amador... Te he llamado porque yo... yo también soy un juguete...

Amador.—¿Tú?...

Don Agustín.—¡Un juguete del destino!

Amador.—¡Ah, vamos!...

Don Agustín.—Y lo que en este momento nos pone frente a frente es una cosa gravísima, no quiero ocultártelo.

Amador.—¡Canario, Agustín! ¡Me alarmas!...

Don Agustín.—Te voy a dar un golpe...

Amador.—¡ Repeine !... ¿Cómo un golpe?...

Don Agustín.—Un golpe que, para uno de provincias, puede ser funesto.

Amador.—¡ Caray, me aterras !

Don Agustín.—Bebe un poco de agua.

Amador.—¿De qué se trata?

Don Agustín.—Pues mira, Amador, ¿a qué explicaciones enojosas? Lee eso e irás comprendiendo *(Le da un pliego de luto).*

Amador. *(Emocionado).*—¡ Papel de luto ! ¡ Una cruz ! R. I. P... ¿Pero qué es esto?... *(Lo desdobla).* ¡ Una esquela !

Don Agustín.—Una esquela. Lee.

Amador. *(Tembloroso).*—Rogad a Dios en caridad por el alma del señor don Agustín... *(Aterrado, dejando de leer).* Oye, Agustín; pero esto será una broma.

Don Agustín.—Nada de broma. Continúa.

Amador. *(Cada vez más tembloroso).*—Por el alma del señor don Agustín Palazuelo García, que falleció en Madrid... *(Le mira, aterrado).* ¿Qué? *(Retrocediendo).* ¡ Pero oye, Agustín ! ¿Pero es que tú has fallecido?...

Don Agustín.—No te alarmes; es una cosa un poco prematura. Pero continúa.

Amador. *(Ya sin poder tenerse en pie de miedo).*—... que fa... falleció en Ma... Madrid el vi... vin, el vi... vinticinco del co... corriente... ¡ ¡ Hoy ! !

Don Agustín.—Hoy.

Amador.—¡ Oy, que barbaridad !... *(Leyendo).* A las doce y cua... cua... cua...

Don Agustín. *(Le da un poco de agua).*—Bebe y sigue.

Amador.—... a las do... doce y cua... cua... y cuarenta y cinco de su ma... ma... de su ma... mañana... ¡ De su mañana !..., digo, de mi ma... ma... ma... mañana». Bueno, Agustín: tú me has llamado a mí para darme la mañana. ¡ Para esto no se le envía a uno un kilométrico !

Don Agustín.—Cálmate, Amador.

Amador.—Aunque yo supongo que este documento será una humorada. *(Los tres dependientes se asoman cautelosamente por una puerta).*

Don Agustín. *(Ya en trágico).*—Todo esto, Amador, dentro de breves instantes será una trágica realidad. Aquí *(Señalándose al corazón)* tengo el propósito firme de ejecutarlo, y aquí *(Sacando una pistola del bolsillo),* el instrumento ejecutor.

Los tres.—¡ Ah ! *(Se ocultan).*

Amador. *(Muerto de miedo).*—¡ Por Dios, Agustín, desvía, que estás muy nervioso y yo no traigo la esquela.

Don Agustín.—No temas. Continúa.

Amador. *(Que sigue leyendo).*—«Don Amador García Becerro, su único pariente, ruega a sus numerosos amigos una oración por su alma»... *(Hablado).* ¡Ah, no, no!... ¡Esto es espantoso! ¡Esto es horrendo!... Porque, ¿qué motivo puede tener un joven como tú para tan trágica resolución? ¡Ninguno!

Don Agustín.—Sí, Amador, sí. En dos palabras vas a medir la magnitud de mi tragedia. Adoro a una mujer. Sus padres se han opuesto a nuestro amor, y hoy se casa con otro... ¿Puedo seguir viviendo?

Amador.—¡Pues naturalmente, hombre! Vamos, yo creí que era otra cosa. ¡No disparates!... ¡Matarse por una mujer!... ¡Estás loco!

Don Agustín. *(En un arranque lírico).*—¡Ah, ella!... ¡Mi ilusión, mi sueño, coronada de azahares, vestida de blanco, como una virgen cristiana, en brazos de un pollo pera!... ¡Ah, no, no!... Iré a la iglesia y, ante la comitiva aterrada, interrumpiré con una detonación la Marcha nupcial de Tanhauser.

Amador.—¡No, hombre; por Dios, reflexiona!...

Don Agustín.—No reflexiono.

Amador.—¿Y si tocan otra cosa?

Don Agustín.—¡Que toquen lo que toquen, me mato!...

Amador.—Piensa...

Don Agustín.—No pienso. La pasión es irreflexiva, ciega, súbita, arrolladora; torbellino, ráfaga, soplo, huracán, tormenta, ciclón que impele, arrebata, empuja...

Amador.—Bueno; esto no es un abogado, esto es un cohete. *(A Agustín, que ha seguido hablando).* Cálmate, Agustín, que he dicho que no te matas.

Don Agustín.—¡Sí, Amador!

Amador.—No, Agustín; que he dicho que no te matas, y no te matas, aunque me cueste a mí la vida, ¡ea!

Don Agustín.—¿Pero no comprendes que el dolor?...

Amador.—No comprendo nada. No te matas.

Agustín.—¡No insistas! Yo agradezco con toda el alma tu cariñoso interés, pero esto es irremediable.

Amador.—Que no te matas.

Don Agustín.—Toma mi testamento; cúmplelo al pie de la letra, Amador. *(Se lo da).*

Amador.—Que no te matas.

Don Agustín.—Te dejo heredero universal de todos mis bienes.

Amador.—¿Eh?... *(Asombrado).* ¡Agustín! *(Pausa).*

Don Agustín.—¡Una casita, cuarenta mil duros en valores, muebles, enseres!... ¡Quién mejor que tú debe disfrutarlo! *(Le abraza).*

Amador.—¡ Ay, Agustín de mi alma ! Pero... ¿pero tú crees que no tienes más solución que matarte?

Don Agustín.—No tengo más solución.

Amador. *(Le mira. Pausa).*—Entonces... ¡ qué remedio ! Después de todo, en un alma tan delicada como la tuya, me cuesta trabajo decírtelo, pero... ¡ lo comprendo, sí, lo comprendo ! *(Muy afectado).*

Don Agustín.—¿De modo que lo apruebas?

Amador.—¡ Ah, no, no ! No me sometas a la tortura de un asentimiento... Pero sí digo que, antes de ver en brazos viles al tesoro de nuestro amor, ¡ quién sabe si vale más yacer bajo un ciprés esbelto, en el poético rincón de una bella necrópolis. *(Llora).*

Don Agustín.—¡ Pero no llores !

Amador.—Deja. Un pequeño anticipo. *(Se seca las lágrimas. Con voz emocionada).* Los valores, ¿son Tabacaleras?

Don Agustín. *(Más emocionado todavía).*—Amortizables.

Amador.—¡ Caray ! Eso me... Pero, en fin... ¡ Ay, Agustín ! *(Le abraza).*

Don Agustín.—Mi ropa y mis alhajas las repartirás entre mis empleados...

Amador. *(Contrariado).*—No; a unos advenedizos les vas tú a dejar... No te ocupes de eso, que ya veremos.

Don Agustín.—Y respecto a mis exequias, nada de lujos, Amador.

Amador.—No, no; descuida... ¿A qué gastos inútiles? Un funeralillo decoroso, pero modesto. Comprendo tu intención. *(Quitándoselo).* Oye, tú, que deshilachas los almohadones.

Don Agustín.—¡ Estoy tan nervioso !...

Amador.—Sí, ya; pero vamos... *(Le abraza).* Bueno; de modo que quedamos en que a las doce y cuarenta y cinco...

Don Agustín.—¡ Todo habrá concluído !

Amador.—¡ Ah, mi pobre Agustín ! *(Le da otro abrazo).*

Don Agustín.—Y de vez en cuando, una oración, Amador.

Amador.—Te van a echar a patadas del Purgatorio, de tanto Padrenuestro... No te digo más.

Don Agustín.—¡ Adiós !

Amador.—¡ Adiós !... Oye, ¿no me pondré en ridículo si vuelvo de luto?...

Don Agustín.—Puedes volver con la bandera a media asta, si quieres.

Amador.—Pues adiós, chico... ¡ Que en paz descanses ! *(Vase foro).*

Don Agustín.—¡ Aiós ! *(Vase primera derecha).*

ESCENA VI

MARGARITA, SEÑOR ALAMEDA, BORRAJO (segunda izquierda).

MARGARITA. *(Desesperada).*—¡ Se mata ! ¡ Se mata ! ¿Lo han oído ustedes?

ALAMEDA.—¡ Yo tengo los pelos de punta !

BORRAJO.—¡ Yo estoy que no articulo !

MARGARITA.—¡ Matarse por una cursi, por una necia !

ALAMEDA.—¡ Y que no cabe duda !... ¡ Con qué frialdad lo ha dicho !

BORRAJO.—¡ A mí se me han extraviao los ojos !

MARGARITA.—¡ Ya han oído ustedes cómo se despedía de sus ancianos y ampliados padres !

ALAMEDA.—¡ Con qué ternura decía «Adiós, papá», «Adiós, mamá»... ante las ampliaciones al carbón, encendido en amor filial !

BORRAJO. *(Mostrando los ojos bizcos).*—A mí me se han extraviao los ojos.

ALAMEDA. *(Ya cargado).*—Bueno, hombre; no has perdido nada. Y si no lo encuentras, mejor. ¡ Para lo que valían !...

MARGARITA. *(Que pasea agitada y como hablando consigo misma).*—¡ Ah, no, no !... Yo no consiento que un hombre como don Agustín se mate por una coqueta que no vale el pan que come, y en cambio, yo, que le... ¡ Ah, no, no !... ¡ Pero qué haría yo, Dios mío !... ¿Qué haría? *(Se detiene en su paseo).* ¡ Ah !... ¡ Ah, ya sé !... Sí, es lo mejor. *(Se va a la mesa, coge una cuartilla y escribe).*

BORRAJO. *(A Alameda).*—¿Y ha visto usté, amigo Alameda, el canalla de ese pariente, desde que supo que le había nombrado heredero, cómo le animaba a matarse? Es una fiera.

ALAMEDA.—Todo hombre que espera su bien del mal ajeno es una fiera, Borrajo.

BORRAJO.—¡ Qué ser más repugnante !

ALAMEDA.—Y, además, sospecho que ese tío no nos va a querer dar ni la ropa ni las alhajas.

BORRAJO. *(Confidencial y tranquilo).*—¡ Ah, no; por eso, no se apure usté !... La ropa ya la he recogido yo de los armarios.

ALAMEDA.—Bien hecho.

BORRAJO.— ¡ No he dejao ni una hilacha !

ALAMEDA.—¡ Magnífico, Borrajo !

BORRAJO.—He recogido también la plata del comedor. ¡ Hasta los cubiertos !

ALAMEDA.—¡ Hombre, no; eso no !... ¿Y si don Agustín quiere almorzar?

Borrajo.—Un hombre que se va a matar a las doce y cuarenta y cinco, que coma con los dedos, ¿qué más da?

Alameda.—Oye, Borrajo; el traje de «smoking» y el gabán de pieles supongo que me los cederás; porque tú con pieles...

Borrajo.—Ya hablaremos, que yo me constipo mucho en el invierno...

Alameda.—¿Esos ceniceros serán de plata?

Borrajo.—No sé.

Alameda.—Recógelos por si acaso. *(Borrajo va por ellos).* Mientras me quedaré yo con la pitillera y el reloj, que se ha dejado aquí, porque si los vé ese granuja... *(Se los guarda. Acercándose a Margarita).* ¿Qué estás escribiendo? ¿El inventario de lo que nos corresponde?

Margarita.—¡Yo qué voy a escribir porquerías de esas!... Yo no quiero nada..., señor Alameda, nada más que la vida de don Agustín y por ella estoy procurando.

Alameda.—¿Cómo procurando?... ¿Pero se puede saber qué escribes?

Margarita.—Sí, señor; una carta a la señorita Elena Sánchez Torongil.

Borrajo.—¿A su novia?

Margarita.—Sí, señor; a su novia, para que sepa la tragedia que la espera en el momento de su boda y la evite si puede.

Alameda.—No; eso, no; de ningún modo; tú no puedes hacer eso.

Borrajo.—Nosotros con qué derecho nos vamos a meter...

Margarita.—¿Ustedes creen que a mí hay alguna consideración que me detenga a salvar la vida de una persona que quiero?

Alameda.—Pero nosotros no tenemos ninguna noticia oficial... Lo hemos oído indiscretamente, a través de una puerta...

Margarita.—¿Y qué?

Alameda.—Que debemos aguardar.

Margarita.—Sí, a que se mate, ¿verdad?... ¡Ah, no, no! Bien claro se lo digo aquí... a esa ingrata *(leyendo):* «Cuando usted salga de la iglesia, el cadáver de un hombre que la amaba será lo primero con que tropiecen sus pies, y la sangre de don Agustín caerá gota a gota sobre los blancos azahares de su corona de desposada; aún está usted a tiempo de salvarle. Resuelva. Y juro por la salvación de mi alma que cuanto le digo es verdad. Don Agustín está dispuesto a suicidarse en el atrio de la iglesia. Pronto lo ha de ver.—Margarita Baranda».

Alameda.—Pero esto...

Margarita.—Esto se lo mando en seguida con la chica de

la portera, y como los Sánchez Torongil viven ahí al lado, dentro de diez minutos lo tiene en su poder esa necia.

ALAMEDA.—Pero, Marga, que tú no tienes derecho a...

BORRAJO.—¡Que la va usted a matar del susto!...

MARGARITA.—¡Que se fastidie! Dentro de unos minutos lo habrá leído...

LOS DOS.—¡Pero por Dios!

MARGARITA.—Nada, nada... ¡Juro que la habrá leído! *(Vase).*

ALAMEDA.—Bueno; esta loca nos pisa la herencia.

BORRAJO.—Y además no evita nada; porque ¿cree usté que ella va a impedir que esa chica se case dentro de media hora y que don Agustín...?

ALAMEDA.—Calla, ¡él!... Y qué mala cara trae.

BORRAJO.—¡Cadavérica!

ALAMEDA.—(Que se te vé el cenicero...) *(Se lo quita y se lo guarda él).* Y nosotros como si tal cosa... Sonriamos.

BORRAJO.—Sonriamos, pero deme usté el cenicero... *(Se lo quiere quitar).*

ALAMEDA.—¡Chits!... Silencio.

ESCENA VII

ALAMEDA, BORRAJO. DON AGUSTÍN primera izquierda.

DON AGUSTÍN.—¡Hola! ¿Ustedes juntos?

ALAMEDA.—Sí, señor...

DON AGUSTÍN.—Bien que me place, porque, como dije a ustedes hace poco, quiero hacerles alguna confidencia y comunicarles unos pequeños encargos antes de irme.

ALAMEDA.—¿De irse?...

DON AGUSTÍN.—Sí, amigos míos; hoy mismo parto para un largo viaje.

ALAMEDA.—¡Caramba! ¿Un viaje?... ¡No sabíamos nada!... ¿Y acaso se dirige usted al Norte?

DON AGUSTÍN.—No, más bien al Este.

BORRAJO.—¿Y piensa usted partir...?

DON AGUSTÍN.—En breve: tengo ya el billete en el bolsillo.

ALAMEDA.—Sí, ya hemos visto el kilométrico.

BORRAJO.—Debe ser de siete...

DON AGUSTÍN.—Sí, de siete mil kilómetros...

ALAMEDA.—¿Y es de precisión?...

DON AGUSTÍN.—De absoluta precisión.

ALAMEDA.—Digo que se vaya usted tan pronto.

DON AGUSTÍN.—Pues a eso replico. No puedo demorar la partida.

MARGARITA. *(Entrando. Aparte).*—(¡ Ya debe tener la carta en su poder !) *(Alto).* ¡ Ay, ustedes juntos ! Perdonen si... *(Va a marcharse).*

DON AGUSTÍN.—No, no, por Dios, no se retire, al contrario. Estaba hablándoles de un largo viaje por América que voy a emprender...

MARGARITA. *(Con amargura).*—¡ Ya, ya !...

DON AGUSTÍN.—Y deseo que oiga usted el resto de nuestra conversación, porque iba a decirles que, como en el país que voy a visitar el clima es distinto al nuestro, les dejo mi ropa toda..., y a usted alguna pequeña alhaja... ¡ Ah, también les he buscado una casa para que no se queden sin colocación !

BORRAJO.—¿ Se puede saber qué casa, si no es curiosidad?

DON AGUSTÍN.—Es curiosidad, pero no importa; la casa de Baños; mi amigo el señor Baños, letrado eminente, les acepta con mucho gusto.

ALAMEDA.—Sí; pero es que me han dicho a mí que en la casa de Baños le dan a los empleados cada jabón...

DON AGUSTÍN.—Eso... ustedes lo han de ver... Conque vayan recogiendo lo suyo, porque el tiempo apremia...

BORRAJO.—Sí, señor, sí...; vamos con mucho gusto.

ALAMEDA.—¡ Por Dios, déjame el gabán de pieles, que a mí... ! *(Se van discutiendo).*

DON AGUSTÍN. *(A Margarita).*—Bueno, Margarita, y a tí, puedo tutearte, estamos solos..., te dejo mi reloj de pulsera para que lo lleves siempre.

MARGARITA.—¿ Pero no le hará a usted falta el reloj en América, don Agustín?

DON AGUSTÍN.—No, ¿ sabes?... Porque como allí cuando aquí es de noche allí es de día, pues los relojes españoles se hacen un lío y hay que usar relojes del país.

MARGARITA.—Bueno; pues si ese viaje es irremediable, don Agustín...

DON AGUSTÍN.—¡ Lo es, nenita, lo es !

MARGARITA.—Yo... yo quisiera acompañarle a usted en él.

DON AGUSTÍN.—¡ Qué locura !... ¿ A pesar de ser tan largo?

MARGARITA.—Cuando se va a gusto, ¡ qué importan las distancias !

DON AGUSTÍN.—¿ Pero no te da miedo?

MARGARITA.—A mí..., a mí, yendo con usted... no me da miedo nada, don Agustín. *(Se oyen voces y gritos dentro).*

DON AGUSTÍN. *(Aterrado).*—¡ Calla ! ¿ Qué es eso?... *(Corre al «hall»).* ¡ Esa voz !...

MARGARITA.—(¡ La carta que ha surtido su efecto !) ¡ Ella !... *(Vase primera derecha).* ¡ Debe ser ella !

DON AGUSTÍN.—¡ Cómo ella !... Pero ¿ quién?

ESCENA VIII

DON AGUSTÍN. ELENA. DOÑA LEONA.

(Entra ELENA *elegantemente vestida de novia, con la cola recogida y la corona de azahar ladeada; convulsa y llorosa. La sigue* DOÑA LEONA, *también nerviosa y balbuciente. Viste con modestia; lleva un abrigo largo y ligero).*

ELENA.—¡Ah, tú, sí!... Vivo... ¡Vivo!...

DON AGUSTÍN.—¡Elena!... ¡Tú! ¡¡Oh!!

ELENA.—¡Vivo! ¡Vivo, todavía! *(A doña Leona, que entra).* ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive! ¡¡Ah!! *(Se cae desmayada en un sillón).*

DOÑA LEONA. *(Entra como una tromba gritando).*—¡Quién vive! ¡Quién vive!

DON AGUSTÍN.—¡Servidor, señora!...

DOÑA LEONA.—¿El vivo es usted?

DON AGUSTÍN.—Servidor. ¡Oh, se ha desmayado!... ¿Pero cómo Elena aquí y en ese traje?

DOÑA LEONA.—¡Ah, caballero!... ¡Esto es horrendo, espantoso!

DON AGUSTÍN.—Y usted, señora, ¿quién es?

DOÑA LEONA.—Pues yo, caballero... soy la carabina de Ambrosio; una prima de Elenita... y la estábamos ayudando en su tocado cuando recibió una carta que decía: «Urgentísimo. Confidencial». Rasga el sobre, la lee, se pone densamente pálida, grita «¡No!»... Y vestida como está me ordena: «Acompáñame, miss Leona»; tomamos un taxi, y hétela aquí..., y a una servidora también héteme. ¡Ah, yo me desmayo!... *(Va a caer).*

DON AGUSTÍN.—¡Por Dios, no, señora, que las dos es demasiado!

DOÑA LEONA.—Yo tengo más motivos: estoy en ayunas, caballero. ¡¡Oh!!

ELENA.—*(Rehaciéndose).*—¡Oh, tú!... ¡Pero vivo, vivo todavía! *(Llora).*

DON AGUSTÍN.—¡Todavía, sí, Elena!

ELENA.—¡No me engañas, Agustín!

DON AGUSTÍN.—No, convéncete. Y tú. Explícame, Elena. ¿Cómo tú en mi casa y con ese traje?

ELENA. *(Con una vivacidad hija de su temperamento y mirándose la ropa).*—¡Ah, no sé, no sé...; pero, no, no puede ser! A esta hora, con este traje y en tu casa... ¡Es espantoso!... ¡Ah, no, no es posible!... ¡Vámonos! ¡Vámonos!... ¿Qué he hecho yo? *(Pasea agitada).* ¿Qué he hecho yo, Dios mío?

DON AGUSTÍN.—¡Si no lo sé!

ELENA.—¿Pero qué he hecho yo?

Doña Leona.—Si yo tampoco lo sé.

Elena. *(Se detiene y recuerda)*.—¡ Ah, sí, ya recuerdo ! Es horrible... Voy coordinando. Me estaban prendiendo esta corona *(Se da un manotón para ponérsela derecha)*, ésta..., cuando recibo esta carta..., ésta *(La saca)*, en la que una señorita me asegura, por la salvación de su alma, que esta mañana, mientras yo me estuviese casando, te pegarías un tiro en el atrio de la misma iglesia... ¡ Ah, yo no sé qué pasó por mi cabeza !... *(Otro manotazo a la corona)*. No lo sé.

Don Agustín.—¿Y quién ha podido...?

Elena. *(Dándole la carta)*.—Mira.

Don Agustín. *(Ojeándola)*.—¡ Mi mecanógrafa !... ¡ Oh !

Elena.—Y me dice que al salir del templo lo primero con que tropezaría mi cadáver sería con tus pies.

Doña Leona.—¡ Al revés, hija !

Elena.—Sí, es verdad; que lo primero con que tropezarían tus pies serían con mi... Bueno, no sé...; léelo; ahí lo pone; pero, en resumen, que me aseguran que querías manchar de sangre la ceremonia de mi casamiento.

Don Agustín. *(Abrumado)*.—¡ Elena !

Elena.—¡ Oh. Agustín ! ¿Es esto verdad?... ¡ Dímelo ! ¿Es esto verdad?...

Don Agustín. *(Bajando la cabeza)*.—¡ Sí, Elena, sí !

Elena *(Vivamente)*.—¡ Oh, pues eres un miserable, Agustín; un miserable !

Don Agustín.—¡ Elena !...

Elena.—¡ Un miserable !... No quito una coma.

Don Agustín.—Pero comprende que tu conducta...

Elena.—¡ Un miserable ! No quito una coma. *(Otro manotón a la corona)*.

Doña Leona.—¡ Por Dios, no quite nada, pero no la contraríe usted !

Don Agustín.—No la contrariaré, señora; pero es muy duro que le increpen a uno estando en el borde mismo del sepulcro.

Doña Leona.—Pues quítese del borde; pero no la contraríe, que mire usted la corona: ha costado sesenta y ocho pesetas y tiene que servir para hoy.

Elena.—¡ Ah, miserable; vengarse manchando de sangre mi felicidad !

Don Agustín.—¡ Me parece que tengo derecho a disponer de mi vida, Elena !

Elena.—Pero no a quitársela en la iglesia donde yo me case. Tienes cuarenta mil iglesias mejores... San Manuel y San Benito, la Concepción, las Salesas, con un atrio magnífico, y vas a elegir para pegarte un tiro un convento de monjas... ¡ Con lo que se asustan las pobres !

Don Agustín.—La desesperación no elige parroquias.

Elena.—Pero hacer eso conmigo es una venganza bárbara y un cirmen hediondo.

Don Agustín.—¿Y me increpas tú, tú... cuando sabes que de toda esta tragedia eres la única culpable?

Elena.—¿Yo?

Don Agustín.—¡Tú!

Elena.—¡Mentira!

Don Agustín.—¡Verdad!

Elena.—¡No!

Don Agustín.—¡Sí!... Tú, que eres una perjura y una aleve.

Elena.—¡Y tú un canalla o un loco!...

Don Agustín. *(Con pasión).*—Soy un enamorado, Elena, un enamorado.

Elena.—¡Mentira!

Don Agustín.—¡Verdad!

Elena.—¡Mentira! ¡Cien veces mentira!... ¿Tú enamorado? *(Cae llorando en un sillón).*

Don Agustín. *(A doña Leona).*—Bueno, señora; usted decía que estaba a punto de desmayarse.

Doña Leona.—¡Ay, sí, señor; para caer de un momento a otro!

Don Agustín.—Bueno; pues pase usted al comedor y desmáyese allí si puede; y digo si puede, porque hay emparedados y jerez solera 47.

Doña Leona.—¡Ay, sí, por Dios, yo necesito un calmante! ¿Y dice usted que cuarenta y siete botellas de jerez?

Don Agustín.—No, señora; una, pero de solera 47.

Doña Leona.—¡Ay, usted perdone! Sí, yo había oído cuarenta y siete y no sabía... Está una tan emocionada...

Don Agustín.—Deseo hablar unas palabras a solas con Elena.

Doña Leona.—Bueno; pero por Dios, caballero...; por Dios, Elenita, no olvides que le hemos dicho a Ambrosia que dijera para justificar nuestra ausencia que bajabas al principal a que te vieran vestida las de Solares... De modo que, por Dios, cinco minutos, ¿eh? Porque si nos echan de menos...

Don Agustín.—Descuide. Hay treinta o cuarenta emparedados.

Doña Leona.—Para mí, nueve segundos. Tengo el «record» de las seis docenas cronometrao. *(Mutis primera izquierda).*

Don Agustín *(Apasionadamente).*—¡Elena de mi vida!...

Elena.—Bueno, Agustín; yo supongo que reflexionarás, desistiendo de matarte. Piensa que yo no tengo..., no puedes decir que tengo la culpa de nada.

Don Agustín.—¡Sí, Elena, sí, tú la tienes!... Recuerda que yo te amaba con amor loco, único, frenético, y tú me dejaste de la noche a la mañana sin darme la más ligera explicación.

Elena.—Naturalmente que te dejé; ¿qué iba a hacer?... Me lo impuso mamá, y ya conoces a mamá, que dice «por aquí meto la cabeza», y abre un boquete que pasa el rápido de Irún.

Don Agustín.—¿Pero a tu mamá...?

Elena.—Se lo impuso papá; ¿y que iba a hacer mamá?... Ya conoces a papá, que le da a uno un estacazo y hace la travesía del Atlántico sin escala. No, Agustín, no; no busques pretexto... Tú solo has tenido la culpa por haberle ganado a papá el pleito de las Azucareras.

Don Agustín.—¡Ah, calla! ¡Cómo me iba a figurar yo que esas Azucareras me amargasen la vida de este modo! Además, yo lo hice porque creí que mi habilidad jurídica le conmovería.

Elena.—¡Ah, inocente! Conmover a papá, que le vé *El alcalde de Zalamea* a Morano y se retuerce de risa. Créemelo, Agustín: tú, tú solo has sido el culpable.

Don Agustín.—Sí, tal vez; quizá tengas razón, Elena; pero, sin embargo, si tú quisieras, aun estamos a tiempo.

Elena. *(Dando un salto).*—¿A tiempo de qué?

Don Agustín.—De subsanar este error.

Elena.—¿Cómo?

Don Agustín.—¡No casándote con Javier!

Elena.—¡Oh, calla!... Por Dios, ¿qué dices?... ¡Estás loco! ¿Y te atreves a decirme eso viéndome vestida así y con todo el mundo camino de la iglesia? ¡Oh, calla, calla! ¡Tú has perdido el juicio!

Don Agustín.—Pero ¿qué te aguarda, dí, Elena, qué te aguarda casándote con ese idiota?... Pues yo te lo diré. Ser una señora bien, pero bien despreciable, y tendrás hijos, sí, no lo dudo...: diez, quince, veinte...

Elena.—¡Por Dios, no tantos!...

Don Agustín.—Los que quieras. Y hasta puede que sean muy guapos; y tendrán unas cabecitas angelicales, rubias..., ¡pero desde luego vacías!

Elena.—¡Vacías, no!

Don Agustín.—Vacías, sí; ¡pobres cascabeles de oro, donde faltará lo que suena! En cambio, si fuera yo su padre, lo que suena hubiese sonado maravillosamente. ¡Ah, Elena; tu castigo es que yo me lleve a la tumba la inteligencia de tus hijos!

Elena.—¡No, por Dios, no te la lleves, Agustín!

Don Agustín.—Sí, me la llevo sin remedio. ¡Nuestros hijos hubiesen sido artistas, héroes, poetas; los vuestros serán horteras, meritorios, temporeros del Catastro!

Elena.—¡Ah, no, Agustín; del Catastro, no!

Doña Leona. *(Asomándose).*—¡Por Dios, Elenita, que pasa el tiempo!

Elena.—Es que dice que mis hijos nacerán con un cascabel

que les estará sonando toda su vida..., y yo no quiero que a mis hijos les suene nada, doña Leona...

DON AGUSTÍN.—Pues subsana tu error, Elena; huyamos... ¡Vente conmigo; de lo contrario serás una desgraciada! En cambio, a mi lado... te espera un hogar feliz y luminoso; unos hijos sanos, fuertes...

ELENA.—¡Ah, sí, Agustín; pero esa felicidad ya no es posible para mí!

DON AGUSTÍN.—¡Sí lo es!

ELENA.—No, es tarde ya; es muy tarde...

DOÑA LEONA. *(Saliendo)*.—¿Cómo tarde?... ¡Es tardísimo! ¡Por Dios, Elenita, vámonos que nos habrán echado de menos!

ELENA.—Sí, es verdad; vámonos... Seguiré mi sino; me esperan Javier, el obispo, mis padres... todos...

DON AGUSTÍN.—¡Pues adiós para siempre! *(Saca la pistola)*. Porque voy a matarme.

ELENA.—¡Ah, no..., ese cañón!... ¡La muerte de un hombre, sangre... no, no! No tengo valor. Me quedo. Sería éste mi sino.

DON AGUSTÍN.—¡Sí, Elena! *(La atrae)*. ¡Ven a mis brazos!

DOÑA LEONA. *(Se la quita)*.—¡Pero infeliz!... Piensa en la fe jurada; el altar encendido...

ELENA.—¡Ay, sí..., es verdad!... La fe jurada; el altar encendido.

DON AGUSTÍN *(Tira de ella también)*.—¡No te vayas!

DOÑA LEONA.—Pero si se queda, ¿qué van ustedes a hacer?

DON AGUSTÍN.—¡Huir, por de pronto!

ELENA.—Eso; podíamos irnos a América..., tomar un vapor y casarnos en la travesía. ¿Quieres?

DON AGUSTÍN.—No, calma. Casarnos en la travesía, no... Al dar parte de tu boda tendrías que decir a la gente: «Me caso en la mar», y me parece ordinario.

ELENA.—Entonces, ¿qué hacemos?

DON AGUSTÍN.—Pues lo mejor es ir a buscar a mi antiguo confesor.

ELENA.—¿Quién es tu confesor?

DON AGUSTÍN.—Un sacerdote virtuoso y santo: el padre Lucas. ¡Me quiere como a un hijo!

ELENA.—¿Dónde está ese padre?

DON AGUSTÍN.—De párroco en un pueblecito de la provincia de León. Prádanos del Lebrato. Le contaremos lo que nos ocurre, y que nos case.

ELENA.—Y usted nos acompaña.

DOÑA LEONA.—¿Yo?... ¡De ninguna manera!

DON AGUSTÍN.—Pues si se queda usted va a ir a la cárcel; conque usted verá.

DOÑA LEONA.—¡Yo a la cárcel!... ¡Dios mío!... *(Estrépito, campanillazos, gritos, voces fuera de escena)*.

Don Agustín.—¿Qué es eso?
Doña Leona.—¡ Que vendrán a buscarnos !
Elena.—¡ La voz de mi padre ! ¡ Dios bendito !
Don Agustín.—¡ Huyamos !

ESCENA IX

Dichos, Borrajo; luego, Don Lisardo, Javierito, Paloma, Alameda, Amador.

Borrajo. *(Entrando despavorido).*—¡ Don Agustín !... ¡ Don Agustín !... ¡ Los papás de la señorita y un joven que vienen a buscarles ! ¡ El papá trae enarbolado un garrote que es un poste de la telefónica !

Don Agustín.—¡ Cielos !...

Alameda.—¡ Pronto !... ¡ Huyan ustedes !...

Elena.—Sí, pronto, que si te coge papá...

Doña Leona.—Corramos, volemos, que me veo en la cárcel.

Don Agustín.—¡ Huyamos, sea como sea !... ¡ Pronto !... Por la escalera de servicio, y cuando estemos en ella, abrid, así nos dejarán despejada la salida...

Elena.—¡ Pero yo, salir así !...

Doña Leona.—Ponte mi abrigo. *(Se lo da).*

Don Agustín.—¡ A Prádanos del Lebrato ! ¡ ¡ Dios nos salve ! ! *(Huyen primera derecha).*

Borrajo. *(Va a la puerta, tras la que siguen dando voces).* ¡ Adelante ! *(Entran* Doña Paloma, Don Lisardo *y* Javierito *como tres fieras).*

Doña Paloma.—¡ Mi hija ! ¿Dónde está mi hija?

Javierito.—¡ Elena ! ¡ Elena !... ¡ Ha sido un rapto inaudito, monstruoso !

Don Lisardo.—¡ Ese canalla !... ¿Dónde está ese canalla, para matarle?...

Doña Paloma.—¡ Ay, que han robado a mi hija !

Javierito.—¡ Qué ridículo el mío ante el cuerpo diplomático !

Don Lisardo.—¿Dónde está, que quiero matarle? *(Abre la puerta segunda izquierda).* ¡ Ah, allí le veo ! *(Entra y suena un golpe tremendo y un grito).*

Todos. *(Fuera aterrados),*—¡ ¡ Ah ! !...

Don Lisardo. *(Sale trémulo, convulso, con la estaca en alto).* ¡ Le acerté en mitad de los sesos !... ¡ Le he matado !

Todos.—¡ Jesús !

Don Lisardo.—¡ Sí, le he matado ! He visto a un hombre metiendo apresuradamente ropa en una maleta, le aticé... y exánime. Ahí le tenéis.

Todos.—¿Pero muerto?

Don Lisardo.—¡Muerto!...

Amador. *(Aparece en el foro de riguroso luto, con guantes y chistera).*—¡Requiescat in pace!

Don Lisardo.—¿Quién es esta chimenea?

Amador.—¿Ha sido aquí la tragedia?

Don Lisardo.—Aquí, sí señor.

Amador.—¿Puedo pasar a ver el cadáver?

Doña Paloma.—¿Pero usted quién es?

Amador.—Vengo a depositar unas sencillas flores sobre el túmulo. *(Muestra un ramo que trae).*

Alameda. *(Sale con las manos en la cabeza).*—¡Qué túmulo ni qué narices!... Y usted, podía mirar a quién le atiza, que si me descuido... ¡Mi madre, qué estacazo!

Amador.—Bueno, ¿pero el cadáver?

Don Lisardo.—Ahí lo tiene usted.

Amador.—Este cadáver no me interesa... El cadáver a que yo me refiero, ¿tienen la bondad?...

Alameda.—Caballero, el cadáver a que usted se refiere, que es don Agustín, se ha escapado con su novia.

Amador. *(Se le caen las flores y la chistera).*—¿Eh?

Doña Paloma.—Sí, señor; ha robado a mi hija y ha huído con ella.

Javierito.—Sí, señor; dejándome en el más espantoso ridículo con el cuerpo diplomático, que es el mío.

Amador.—¿Quién es este pollo?

Don Lisardo.—Javier Salado, agregado de embajada; el que iba a ser mi yerno...

Amador.—Muy señor mío *(Muy exaltado).*—¡Ah, pues no, no!... Eso que ha hecho Agustín no se hace con una persona seria. He adquirido compromisos económicos; he firmado letras a base de la herencia... ¡Ah, no, no! Agustín se mata hoy. ¡No faltaba más!

Don Lisardo.—No, caballero. ¡A ese lo mato yo!

Javierito.—¡O yo! A mí no me deja en ridículo con el cuerpo diplomático.

Amador.—Pues vamos a buscarle. (Con éstos malo será que no herede). Usted, a vengar a su hija. ¡Yo a heredar! Y usted, a no consentir que pongan en ridículo a su cuerpo, Salado. *(Salen todos).*

TELON

ACTO SEGUNDO

Planta baja de la casa rectoral, donde vive el Padre Lucas, párroco de Prádanos del Lebrato, provincia de León. Es una pieza blanqueada y limpia que sirve de entrada a la casa y de comedor. Al foro, una puerta de dos hojas, que da a la calle, con una ventana a cada lado. Todo practicable. Las ventanas con vidriera. A la izquierda, en primer término, una puertecita pequeña, que comunica con habitaciones interiores; luego una chimenea de campana, con troncos encendidos en el hogar, y en tercer término una gradilla de tres peldaños que da acceso a una puerta de medio punto y de una sola hoja que se supone comunica con la iglesia. A la derecha, una puerta practicable y, en segundo término, el arranque de una escalera que conduce al piso superior. El mobiliario será adecuado a la condición de las personas que habitan la casa: sencillo, limpio y humilde. Una mesa pequeña de comedor, un sillón viejo de cuero, sillas de anea, un armario alacena, dos o tres cuadros de santos, un velón encendido y un reloj de cuco en la pared; nada más. La mesa está puesta para comer tres personas. Es de noche; una noche obscura y lluviosa; relampaguea ligeramente, a largos intervalos; luego llueve copiosamente.

ESCENA PRIMERA

Sixta, Bárbara, el Padre Lucas.

Sixta, hermana del cura; mujer como de treinta y cinco años, agradable y simpática; viste como persona acomodada. Bárbara, moza de veinticinco años, al uso aldeano; es la criada de la casa. El Padre Lucas, cincuentón, bien conservado, de natural simpático y bondadoso; viste de balandrán y lleva un gorro de seda. Las dos mujeres, sentadas. La señora haciendo labor de ganchillo. La criada cosiendo ropa. El sacerdote, con el rosario en la mano, intenta rezar, así como las mujeres in-

tentan contestarle; pero el sueño les vence a los tres y solo mascullan las primeras palabras de cada oración).

Padre Lucas. *(Rezando).*—Padr... nuestr... que estás en los ciel..., ficado sea tu nombr..., así en la tierr... como en el ciel...

Las Dos.—El pan nuestr... *(Callan, dan cabezadas).*

Padre Lucas.—¡Por Dios, no dormiros!

Las dos.—El pan nuestr... *(Lo mismo).*

Padre Lucas. *(Ya molesto).*—¡Vamos, vamos..., que os coméis las contestaciones, hijas!

Sixta.—¿Pero no has oído el pan?

Padre Lucas.—El pan es lo único que no os habéis comido, pero todo lo demás...

Sixta.—Es que cuando llega una a estas horas, tiene un sueño... *(Bosteza).* ¡Jesús!

Padre Lucas.—Ya, ya; pero, en fin, vamos a ver si le damos un empujoncito a esto y podemos acabar *(Rezando de nuevo).* Gloria patri, fili... spirt sant...

Las dos.—Sicut era... cipio... semper... lorum...

Padre Lucas.—Amén. *(Un poco más alto y como para que lo repitan).* Gloria...

Las Dos.—Gloria...

Padre Lucas.—A Dios...

Sixta.—A Dios... *(Bárbara no contesta. Se ha dormido).*

Padre Lucas.—Bárbara...

Bárbara. *(Se despierta).*—¡Señor cura!... *(Se restriega los ojos).*

Padre Lucas.—A Dios...

Bárbara.—Usté lo pase bien...

Padre Lucas.—Vamos, mujer, que contestes acorde y no te duermas, ¡carape!

Bárbara.—Es que se me pega el sueño de ustedes, y alguna cabezada...

Padre Lucas.—Es que lo tuyo no es cabezada, hija; es un arreo completo. Vamos, vamos. Gloria...

Las Dos.—Gloria...

Padre Lucas.—A Dios...

Las Dos.—A Dios...

Padre Lucas.—En las alturas.

Las Dos.—...turas...

Padre Lucas.—Y paz... y paz... y paz... *(Se han dormido los tres. Hay una pequeña pausa. El reloj de cuco, que apunta las ocho, no canta más que tres veces, despertando a los que rezan).*

Padre Lucas. *(Despierta sobresaltado).*—Y paz...

Sixta.—¿Qué hora dió el reloj?

BÁRBARA.—Deben ser las ocho; pero me da que el pajarito eso no las ha cantao todas.

PADRE LUCAS.—Es un verdadero cuco; en cuanto nos vé dormidos no sale más que dos o tres veces.

SIXTA.—Es lo que él dirá: no me las han de contar...

BÁRBARA.—¡Tié mu mala intención!... Yo le tengo una tirria a ese avechucho, que me alegrao más de lo que le ha pasao esta mañana...

PADRE LUCAS.—¿Pues qué le ha pasao?

BÁRBARA *(Riendo)*.—Naa, que al dar las doce no ha podío salir más que una vez.

PADRE LUCAS.—¿Por qué?

BÁRBARA.—Porque se ha cogío la cabeza entre las dos puertas.

SIXTA.—¡Hija, qué mala idea!

BÁRBARA.—Sí, pero es que hay que ver la suya... No adelanta más que a los amaneceres, para hacerme de levantar antes de hora.

SIXTA.—¡Jesús, es el colmo!... ¡Tenerle rencor a un ave mecánica! Hay que ver, unas cosas tan pequeñas y que os inspiren tan malas pasiones.

PADRE LUCAS.—No, mujer, malas pasiones, no; eso lo que te prueba es que en las almas sencillas no hay más que sentimientos ingenuos.

SIXTA.—Eso lo que me prueba, Lucas, es que cuando se vive una vida sin objeto, triste y monótona, como la nuestra, el corazón, que no descansa, tiene que fundar sus pasiones en las cosas más triviales.

BÁRBARA.—Cómo se conoce que lee usted novelas.

SIXTA.—¡Ah, lo que yo he disfrutado en estos dos meses que estuve en León! ¡Qué vida tan distinta de la de este poblacho!

PADRE LUCAS.—¡Ya salió León!

SIXTA. *(A Bárbara)*.—¡Las de Cueto me daban cada paseo por los paseos!... ¡Y me llevaban todas las noches al cine!

BÁRBARA.—¡Cómo s'habrá usté divertío!

SIXTA.—¡Oh!... El cine hace vivir una vida de maravilla, Bárbara. Es un agujero que te asoma al mundo, a las grandes pasíones, a las aventuras portentosas...

BÁRBARA.—¡Habrá usté visto caa cacho e película!...

SIXTA.—¡Y qué mujeres interpretándolas! Greta Garbo, Mary Duncan, Norma Talmage, Marión Devis!... ¡Pues y los hombres!... ¡Oh, qué ejemplares!

BÁRBARA.—¿Guapos?

SIXTA.—¡Oh! Jhon Gilber, Douglas Fairbank, Charles Roge.

BÁRBARA.—¡Uy, qué nombres!... ¿Y c'hacían ellos y ellas?

SIXTA.—¡Oh, si hubieses visto!... ¡Qué amores, qué audacias, qué besos!

BÁRBARA.—¿Largos?

Sixta.—Que se dan un beso al acabar la película y s'acaba la película y no se ha acabao el beso, no te digo más.

Bárbara.—¿Siguen hasta la otra sección?

Sixta.—Poco menos.

Bárbara.—¡Oy, qué gusto!

Padre Lucas.—Bueno, bueno... ¡Por los clavos del Señor, cállate, Sixta, que exaltas a esta criatura!... Y no se hable aquí del cine, espectáculo inmoral y perturbador como nada. ¡Dónde se va a comparar este sosiego aldeano que disfrutamos; esta paz cristiana, religiosa y dulce, con esas pasiones dañosas, con esas luchas febriles, infernales que en el mundo...

Sixta.—¡Ay! Pues yo, Lucas, el Señor me perdone, pero todas las noches le pido que nos envíe algo, algo que rompa la monotonía de esta vida tan sosa...

Bárbara.—¡Ah, sí, que la rompa!

Sixta.—Algo que nos conmueva, que nos emocione, que nos...

Padre Lucas.—¡Ay, qué Sixta esta!... ¡Calla, calla, por Dios, no sea que el Señor te castigue!... ¡Cómo perturban los viajitos!... ¡Jesús, Jesús!... ¿Oye? *(Atendiendo).* ¿Pero ese ruido es que llueve?

Sixta. *(Abre la ventana).*—Está cayendo un verdadero diluvio. Estas son las distracciones de aquí... ¡Mira cómo chorrean las canales! *(Se vé llover torrencialmente).*

Bárbara.—¡Madre bendita!... ¡Qué aguacero! ¡Vaya una nochecita de ánimas!

Padre Lucas.—¡Cierra, hermana, cierra!... ¡Pues bueno se va a poner Cirilo, que ha ido a casa de don Lesmes!

Sixta.—¿Y a qué ha ido?

Padre Lucas.—A nada. Ya conoces a ese mostrenco: a hablar un rato con la Saturnina.

Sixta.—¡Es humor el de ese tonto!

Bárbara.—Ya, ya... Pa lo que ella le quiere...

Sixta.—¿No le gusta?

Bárbara.—Sí, pero es lo que ella dice: que es un chico sin porvenir, porque si se quea en sacristán es poco, y si asciende, pues ya no le sirve pa marido.

Padre Lucas.—En eso no le falta razón. Pero, en fin, vamos a acabar nuestro rezo, que es lo importante.

Sixta.—Vamos.

Padre Lucas.—Y luego...

Las Dos. *(Como rezando).*—Y luego...

Padre Lucas.—No, es que iba a deciros que y luego podemos cenar, si os parece...

Sixta.—Ah, bueno.

Padre Lucas.—Conque vamos. *(Rezando).* Danos, Señor, fortaleza...

Las Dos.—...leza...

Padre Lucas.—Para sobrellevar las penalidades.
Las Dos.—...lidades...
Padre Lucas.—De esta vida.
Las Dos.—Vida...
Padre Lucas.—Para que al fin...
Las Dos.—Al fin...
Padre Lucas.—Podamos dormir...
Las Dos.—Dormir...
Padre Lucas.—En el seno...
Las Dos.—En el seno...
Padre Lucas.—De Abraham.
Las Dos.—Abraham... *(Suenan dos golpes en la puerta).*
Voz. *(Fuera).*—¡ Abran !
Padre Lucas.—¿Quién?
Voz. *(Con viva exigencia).*—¡ Abran, hagan el favor !

ESCENA II

Dichos y Cirilo. (Foro).

Padre Lucas.—Parece Cirilo. ¡ Y llama con apremio !
Cirilo. *(Fuera. Apremiando).*—¡ Abran, por lo que más quieran !
Sixta.—¡ Ten un poco de paciencia, hijo !
Padre Lucas.—¡ Abre, Bárbara !
Bárbara. *(Que se levanta).*—¡ Arrea !
Padre Lucas.—¿Qué te pasa?
Bárbara.—Que me he cosío los calzoncillos que repasaba a la falda.
Padre Lucas.—Claro, como que durmiendo no se hace nada a derechas.
Sixta.—¡ Pero abre, mujer; ya te los descoserás !
Bárbara.—Ya voy, ya voy. *(Abre. Entra* Cirilo *rápidamente, todo chorreando. Cierra el paraguas y mira atrás con terror).*
Cirilo.—¡ Jesús bendito !... ¡ Ya podían ustedes haber abierto antes !...
Padre Lucas.—¿Te has mojado mucho? *(Las mujeres se entretienen en descoser los calzoncillos).*
Cirilo.—Sí, señor... Pero lo de menos es el agua, señor cura. *(Mira con terror a fuera y cierra).*
Padre Lucas.—¿Pues qué te pasa?... Parece que temes que te persigan.
Cirilo. *(Aparte).*—¡ M'ha pasao una cosa horrible, señor cura !. Dígales usté que se vayan.
Padre Lucas.—Pero...

CIRILO.—¡Una cosa espantosa! Pero que se vayan, pa contárselo a usté a solas, que la cosa es...

PADRE LUCAS. *(A Sixta y Bárbara, que están recogiendo la costura).*—Bueno; vosotras iros a la cocina y preparad ya la cena.

SIXTA.—Sí, sí; vamos Bárbara, que es hora. *(Vanse primera izquierda).*

ESCENA TERCERA

PADRE LUCAS y CIRILO.

PADRE LUCAS.—¡Bueno! ¿Qué te ha ocurrido para esa inquietud y ese sobresalto?

CIRILO.—¡Ay, señor cura de mi vida! ¡Ay, señor cura de mi alma! Espere usté a ver si me... *(Va a mirar por la ventana).*

PADRE LUCAS.—¡Pero cuenta, por la Virgen bendita, que me tienes con el alma en un hilo, Cirilo!

CIRILO.—Pos verá usté qué cosa más tremendísima... Estábamos de reunión, tal que toos juntos, en caa e don Lesmes, alrededor de la chimenea, cuando va el señor Saturiano, que como usté sabe es mu cuentero, y con motivo de que esta noche es noche de defuntos, pos encomienza a icir que Dios premite en tal y que esta noche a las ánimas en pena salisen del purgatorio y marchasen un rato de vesita a sus casas o a las de sus amigos y tristestamentarios, y nos agrega que las ánimas son como sombras que se ven hasta en la escuridá, y al conque de esto, va y nos cuenta un sucedío mu terrible de que a un tío suyo fueron una vez tres amigos que tenía y lo mataron de una paliza.

PADRE LUCAS.—¡Pues más valía que no los hubiera tenido!

CIRILO.—Cosas de amigos. Total, que entre los tres se juntaron y le rompieron el alma. Pos dice el señor Saturiano que, al año de muerto, tal que el día de defuntos, va el ánima y se les aparece a los tres asesinos según estaban durmiendo caa uno en su casa. Y en esto que voy yo y le digo: «Pos diga usté, señor Saturiano, un ánima sola, ¿cómo pué aparecesen a tres a un tiempo?» Y va y me ice: «Pos muy sencillo: porque como le habían roto el alma, se le apareció un peazo a caa uno».

PADRE LUCAS.—Bueno: tú no vuelves a poner los pies en casa de don Lesmes, ni que me lo pidas de rodillas; porque no quiero yo que las estupideces que te cuentan...

CIRILO. *(Vivamente y con mayor terror).*—¿Estupideces?... Aguarde usté, señor cura, que lo gordo no ha sío eso, sino que cuando, al poco, me he salío a la calle pa venimen a casa, en

cuanto me he visto solo y a escuras, m'ha dao un miedo, que tenía un temblor en las piernas que los dos reales en calderilla que llevo en el pantalón me sonaban; a too esto, como llueve si Dios tiene qué, y la noche está tan negra, abrí el paraguas, apreté a correr, tiré calle arriba, torcí por el callejón del Choto, desemboqué en la plaza e la iglesia... *(Agarrándose a él con espanto)*, y ¡ay, señor cura!

Padre Lucas. *(Asustado también)*.—¿Qué hay?

Cirilo.—¡Que allí, a la puerta de la sacristía, me se aparecieron tres sombras!

Padre Lucas. *(Con cierta inquietud)*.—¡Vamos, hombre!...

Cirilo.—¡No, yo no voy!

Padre Lucas.—No, ni yo tampoco... Digo que vamos hombre, que no disparates.

Cirilo.—Sí, señor; tres sombras: una, blanca; otra, negra, y un fraile con una luz, que iba delante de ellas. Miro, y el fraile era calavera.

Padre Lucas.—Vamos, Cirilo; tú estas loco. ¡Un fraile calavera!... ¡No sabes lo que dices!

Cirilo.—Señor cura, no se lo juro a usté por la memoria de mi madre, porque tiene una enfermedá que se le olvida too; pero estoy diciendo el Evangelio. ¡Por estas cruces! *(Las hace)*.

Padre Lucas.—¡Demontre! Pero tres sombras ahí en la...

Cirilo.—¡Sí, señor; tres! Y fueron las sombras, de que me vieron, y se vinieron pa mí, y me dijeron con voz cadavérica: «¡Chico!». Y yo, muerto de espanto, voy y grito: «¡Abrenuncio!»... Y va el fraile, de que oye esto, y me pega una patá que no sé si podré sentame en toa la semana; y yo me emprendí una carrera que, si no está la puerta cerrá, taladro ese tabique, del arreo que traía. ¡Ay, que yo me muero!... No sé si del susto u del... *(Con la mano en la nalga)*. ¡Ay, madre mía!

Padre Lucas. *(Tratando de reponerse)*.—Bueno, bueno; Cirilo, serénate, por Dios, que todo eso son alucinaciones tuyas y nada más. Cuando se tiene miedo, con la imaginación se vé todo lo que se quiere.

Cirilo.—No, pero si yo no quería verlo.

Padre Lucas.—Te han hablado de tres sombras y has visto tres sombras.

Cirilo.—¿Y la patá, que no me habían hablao y también la he visto?...

Padre Lucas.—Bueno, bueno. Tranquilízate, y de esto ni una palabra a mi hermana ni a Bárbara, porque con lo miedosas que son... Y tú, hijo, reza un padrenuestro, para desechar esas visiones, y como van a dar las nueve, vete a la iglesia y toca a Animas, que yo esta noche no puedo...

Cirilo.—¿Quién?... ¿Yo a la iglesia, solo, a tocar?... Con él... Amos en seguidita toco yo a las ánimas esta noche, pa que se incomoden y me...

Padre Lucas.—Vamos, Cirilo, no digas herejías. Llévate el farol. Yo estaré aquí, en la puerta. Las tres campanadas y el clamor pronto se dan.

Cirilo.—Güeno. Pero usté no se menee d'aquí, no sea que...

Padre Lucas.—Además, ese miedo es un contra Dios, porque el Señor no permite que vaya por el mundo nada que no convenga a sus designios.

Cirilo.—¿Y si son tres ánimas que han salío sin premiso?

Padre Lucas.—Cirilo, no dudes de la Divina Providencia.

Cirilo.—Bueno, no dudaré; pero usté no se menee d'aquí, ¿eh?...

Padre Lucas.—Anda sin miedo.

Cirilo.—Andaré; ¡ahora que sin miedo!... *(Mete el farol antes, lo saca, lo levanta y mira).*

Padre Lucas.—¿Pero qué haces?

Cirilo.—La luz, que no me deja ver... *(Entra aterrado y toca tres campanadas y un clamor ridículo).*

Padre Lucas.—¡Qué será lo que ha visto ese chico, Dios mío! ¡Qué toque de ánimas más tembloroso!

Cirilo. *(Sale de estampía, tira el farol y se agarra al cura).* —¡Ahí, ahí!... ¡¡Ahí!!

Padre Lucas. *(Sobrecogido).*—¿Ahí, qué?

Cirilo.—¡Ahí están otra vez!. *(Vuelve al cura).*

Padre Lucas.—¿Cómo que ahí? *(Se vuelve a él).*

Cirilo.—Sí, se... señor, que por la ven... ventana del presbiterio, a la luz del farol que lleva el fra... fraile, las he visto. *(Le coge del brazo).* Venga usté y las verá. *(Trata de llevarle).*

Padre Lucas. *(Aterrado, resistiéndose).*—¡No, hombre; yo que voy a ver!... ¡Suelta, hombre!

Cirilo.—Y una de las sombras, que parece la ma... má...

Padre Lucas.—¿Cómo la mamá?

Cirilo.—La ma... más negra..., señalaba aquí... Aquí, señor cura.

Padre Lucas.—Bueno, Cirilo, cálmate, que me estás poniendo nervioso a mí también y me estás... Aunque, ¡Dios mío, cómo voy a creer yo que nada sobrenatural se pueda...! ¡Que me estás haciendo pecar, Cirilo!

Cirilo.—Pues venga usté y las verá. *(Vuelve a cogerle).*

Padre Lucas. *(Dando un respingo).*—¡Que me sueltes he dicho!... *(Tratando de serenarse).* ¡Pero yo no puedo creer eso, ea!

Cirilo.—¿Que no?

Padre Lucas. *(Con gran energía).*—¡No, señor!

CIRILO.—Hombre, premita Dios que se le aparezcan a usté, pa que las vea y se despatarre del susto!

PADRE LUCAS.—Haz el favor de callarte... y ten más respeto, y más fe, y más... *(Mira, escamado, a todas partes).* ¿Dónde dices que estaban? *(Se abre la puerta primera izquierda).* Sí sí... silencio, que salen mi hermana y Bárbara. ¡Disimula!

ESCENA IV

DICHOS. SIXTA y BÁRBARA.

SIXTA.—La cena. *(Bárbara pone sobre la mesa una cazuela).*

PADRE LUCAS.—Bueno; siéntate, si puedes, que nos van a dar la cena.

CIRILO.—¡A mí ya me la han dao! *(Se sienta de media anqueta).*

SIXTA.—Trae el plato.

CIRILO.—No tengo gana.

SIXTA.—Son patatas con bacalao, que te gustan mucho.

CIRILO. *(Pone el plato con gran temblor y mirando a la ventana).*—Bue... bueno...

PADRE LUCAS.—Ten quieto el plato, que me están poniendo tus patatas en la sotana. Además, aún no he bendecido.

SIXTA.—Es verdad. Bendice, Lucas. *(Se hacen todos la señal de la cruz).*

PADRE LUCAS.—Alimentum cotidianum benedicite. *(Sigue murmurando el rezo en voz baja, y de pronto, al ver que la luz de un farol pasa por delante de la ventana de la izquierda, se levantan aterrados Cirilo y el señor cura, y este último dice, con voz aterrada y más fuerte):* Exaltacionis misericordiam tuam... *(Desaparece la luz y vuelve a sentarse y a mascullar el rezo, hasta que de nuevo pasa la luz por la ventana de la derecha, y se vuelven a incorporar los dos, con espanto, y el cura dice):* Et nunc et semper per in sécula... *(Desaparece la luz y se sientan, y el cura termina diciendo, en voz temblorosa y baja):* Paz dómine sic semper vobiscum.

LAS DOS.—Amén.

CIRILO.—¿He men?...

LAS DOS.—Amén.

CIRILO.—¿He men... tido u no he mentido?

PADRE LUCAS.—¡Virgen santa, no puedo negar que... que una luz!...

SIXTA.—¡Pero, por Dios! ¿Qué les pasa a ustedes?...

PADRE LUCAS.—No, nada... *(Intenta comer y se le caen las patatas del tenedor).* No es nada. Que me ha dicho este que ha visto unas... y ahora... me pareció que yo había visto así

como unos... *(Dan tres golpes espaciados en la puerta. A cada golpe, el cura y el sacristán se levantan un poco más).*

CIRILO.—¡Ahí están!

BÁRBARA.—¿Quién está ahí?

PADRE LUCAS.—¡Canastos!

SIXTA.—¿Quién llamará a estas horas?

BÁRBARA.—Pué que llamen pa algún enfermo que precise de... *(Va a abrir. Dan otros tres golpes).*

CIRILO.—¡Las tres!

SIXTA.—¿Cómo las tres?

CIRILO.—Que las tres que llaman son tres ánimas en pena, doña Sixta.

SIXTA.—¿Qué estás diciendo?

BÁRBARA. *(Abriendo).*—¡Adelante!... *(Al abrir, el aire apaga el velón y quedan a oscuras, apareciendo en la puerta* ELENA, DOÑA LEONA *y* AGUSTÍN. *Elena aparece hecha una sopa, con el traje de novia, sucio y mojado. Doña Leona, con el abrigo negro, el sombrero hasta las orejas y envuelta en una bufanda. Y Agustín, con una anguarina de labriego, puesta la capucha y con un farol en la mano. Se cubren los tres con un gran paraguas, que viene chorreando).*

CIRILO.—*(Dando un grito al verlos).*—¡Las ánimas!

BÁRBARA.—¡Jesús!

SIXTA.—¡Madre Santa! *(Huyen Cirilo y Bárbara segunda derecha, y Sixta primera izquierda).*

PADRE LUCAS. *(No puede incorporarse del sillón, del terror que tiene. Cuantas veces intenta hacerlo cae sentado de nuevo).* ¡Di... didi... Di... di... di... Dios mi... mío!... *(Los tres quedan en la puerta, temblorosos, parados y estupefactos).*

ESCENA V

ELENA, DOÑA LEONA, DON AGUSTÍN, PADRE LUCAS.

DON AGUSTÍN.—Muy bue... bue... Muy buenas...

ELENA. *(Con un horrible temblor).*—Ustedes pepe... Ustedes pepe...

PADRE LUCAS.—No, señora. Pepe es el juez municipal... Yo suy Lulu... Lulu... Lucas...

ELENA.—No. Di... digo que ustedes per... perdonarán el susto que les ha dado nuestra apa... aparición..., pe... pero... pe... pero...

DOÑA LEONA.—Pero ya les pondremos en au... au... au...

DON AGUSTÍN. *(Aparte a doña Leona).*—¡No ladre usted, que con el susto que tiene, se muere!

Doña Leona.—Hijo, es el frío... Iba a decirle que ya le pondremos en autos de todo, que se tranquilice.

Don Agustín.—Sí, señor... Lo que nosotros pretendemos, ante todo, señor cura, es que usted reaccione, porque comprendemos que una aparición tan súbita, con esta noche, con estos indumentos y a estas horas, es para una apoplegía; sí, señor.

Padre Lucas.—No; el susto ha sido... *(Después de varios intentos enciende una cerilla y con ella la luz del velón).*

Elena.—El susto ha sido como para que le sangren a usted, señor cura. Nos hacemos cargo.

Padre Lucas.—¡No, no lo crea usted!... ¡Con media docena de sanguijuelas me sobra!...

Don Agustín.—Pues tenga la bondad de tranquilizarse, y, pasada esta primera impresión y encendida de nuevo la luz...

Elena.—Sí, date a conocer, para que el señor cura...

Padre Lucas.—Desde luego, yo desearía que ustedes tuvieran la bondad de decirme quiénes son, de dónde vienen y qué desean de este humilde sacerdote.

Don Agustín.—Sí, se... señor, de... desde luego. Usted no me ha reconocido; pero yo he venido aquí porque usted es mi papá... mi papá...

Padre Lucas.—¿Eh?

Don Agustín.—Mi pa... padrino..., así le llamaba yo a usted, al menos; porque usted me bautizó, fué mi confesor...

Padre Lucas.—¿Su padrino?...

Don Agustín. *(Bajándose la capucha).*—Míreme usted bien. Yo soy Agustín Papa... Papalazuelo... *(Se pasa el farol por la cara).* Fíjese...

Padre Lucas.—¡Es verdad! ¡Agustinito! ¿Tú?... ¡Pero, hijo de mi alma! Tú aquí a estas horas, en ese traje, con estas señoras, muerto de frío... ¡Claro, quién iba a reconocerte!... ¿Pero qué es esto?... ¿Qué os ha pasado? Por Dios, acérquense a la chimenea, que vienen calados.

Elena.—¡Transidos, Padre Lucas!

Doña Leona.—¡Y hambrientos!... ¡Seis horas en un carro de paja y sin poder tomar un bocado, señor cura!... ¡Es horrendo!... ¡El suplicio de Tántalo! *(Se acercan a la chimenea a calentarse. Los tres en un grupo, sentados. El padre Lucas, más lejos).*

Padre Lucas.—¡Qué horror!... Pues nada, hijo, explícame qué te ocurre, porque tengo una impaciencia...

Don Agustín.—Sí, querido padrino; voy a explicárselo todo, para que se tranquilice y se... Verá usted qué claro y qué sencillo es lo que nos pasa.

Elena.—Sí, anda, anda; explícale. Verá usted qué sencillo, que claro y qué...

Don Agustín.—Bueno; pues... lo que nos ha ocurrido es

que esta mañana, querido padrino, iba yo a... *(Aparte a Elena).* Oye, yo no me atrevo a decirle lo que iba a hacer, porque como es sacerdote..., si le digo que... *(Acción de dispararse en la cabeza).*

ELENA.—(¡ Claro, no se lo digas !)

DON AGUSTÍN. *(Alto).*—Bueno, pues iba a hacer una cosa algo desagradable, que ya le contaré a usted cuando me quede seco... porque tiene cierta relación... Cuando, en esto, se presenta en mi casa Elena, esta señorita, que es mi... *(Aparte a Elena).* Oye, ¿qué le digo yo que eres? Porque como luego hay que decirle lo otro.

ELENA.—(Claro; no le digas lo que soy, hasta que...)

DON AGUSTÍN.—Bueno; pues se presenta esta señorita, que ya le explicaré a usted lo que es, con esta señora, que es su...

ELENA.—(Oye, no le digas nada de carabina, porque se asustaría).

DON AGUSTÍN.—Que es su... vamos, una cosa alarmante, que usted no comprendería, y, claro, una vez juntos los dos, pues hemos empezado que sí, que no, que me voy, que no te vayas..., que patatín, que patatán... y, naturalmente, como la cosa era tan gravísima, pues nos hemos dicho: ¿Qué hacemos?... Y hemos venido a contárselo a usted todo.

PADRE LUCAS.—¿A contármelo todo?... ¡Caramba! Pues... ¿Y ya me lo habéis contado todo?

DON AGUSTÍN.—Sí, señor. Y ahí tiene usted lo que pasa.

PADRE LUCAS.—Pero ¿dónde lo tengo?... Porque, vamos... yo no acabo de comprender...

ELENA.—Sí, verdaderamente; la explicación que le has dado no ha sido...

DON AGUSTÍN.—¡ Es que no te creas tú que lo que nos pasa es fácil de explicar !

PADRE LUCAS.—Yo no sé lo que os pasa, hijo mío; pero me acongoja el alma sospechar que quizá alguna locura de juventud...

ELENA.—¡ Ah, padre; eso, no ! ¡ Eso sí que no !

DON AGUSTÍN.—Y lo que yo puedo asegurar a usted, para tranquilizar sus dudas, es que la culpa de que nos encontremos aquí a estas horas y en este estado la ha tenido la nodriza... ¡ y nada más que la nodriza !...

PADRE LUCAS.—¡ Porra !... ¿Pero traían ustedes algún niño?

ELENA. *(Sonriendo).*—No, señor. No es una nodriza de esas de veinticinco duros y vestida; no, señor. ¡ No se asuste usted !

DON AGUSTÍN.—Ha sido la nodriza del carburador.

PADRE LUCAS.—¿Quién es el carburador?

DON AGUSTÍN.—Pues un chismecillo al que nutre de gasolina otro chismecillo, que se llama nodriza, y que se nos ha descompuesto, deteniéndose el automóvil a algunos kilómetros an-

tes de llegar aquí, por lo que nos vimos obligados a que nos recogiera un carretero que conducía un carro de paja, y en el cual, bajo un diluvio, hace media hora hemos llegado al pueblo, en el lamentable estado en que nos encontramos.

Padre Lucas.—Sí, sí; muy bien. Bueno, pero vamos a ver. ¿Esta niña?...

Elena.—¡No; ya no soy tan niña, señor cura!

Padre Lucas.—¡Como la veo a usted vestida de primera comunión!

Elena.—No, señor. Este traje no es de eso; es de... todo lo contrario...

Padre Lucas.—¿Cómo de todo lo contrario?...

Elena.—¡De novia!

Padre Lucas.—¿De novia?

Elena.—Sí, señor.

Padre Lucas.—Entonces, ¿os ibais a casar?

Don Agustín.—Se iba a casar ella...

Padre Lucas.—¿Pero ella sola?

Elena.—No, no, señor; sola, no... Me iba a casar con... *(Vacila, se miran, duda).*

Padre Lucas.—¿Pero no contigo?

Don Agustín.—¡No conmigo!...

Elena.—No consigo... No consigo acertar con la frase que exprese a usted...

Padre Lucas.—¡No, no hace falta, hija mía!... ¡Ay, Agustín, que no sé qué sospecho!...

Elena.—¡Ah, no, padre! No crea usted en nada malo ni incorrecto. ¡Yo se lo ruego!...

Padre Lucas.—No, no lo creeré; pero, vamos. Vienes de novia, con un novio que no es el tuyo. Os acompaña una señora alarmante, según me habéis dicho, y se os ha estropeado la nodriza... Conque la cosa no es para creer en una visita de cumplido.

Don Agustín.—Sí, sí, las apariencias son fatales, lo reconozco. Y necesitamos hacer una confesión general; pero después de secarnos, padre, porque estas personas que me acompañan vienen de agua como para que las canalicen.

Padre Lucas.—Sí, sí, nada; voy a llamar a mi hermana, que dará a ustedes ropa suya y de Bárbara... El caso es que se pongan algo seco... Y tú te pondrás un traje mío de paisano... Ancho te va a estar; pero mejor que empapado...

Don Agustín.—¡Ah, sí, desde luego!

Elena.—¡Dios se lo pagará!

Don Agustín.—Gracias, padrino.

Padre Lucas.—Y luego hablaremos. *(Llamando).* ¡Sixta, Sixta!

ESCENA VI

DICHOS y SIXTA (primera izquierda).

SIXTA. *(Apareciendo)*.—¿Pero se puede?
PADRE LUCAS.—Sí, sí, pasa, pasa sin temor. *(Presentándola)*. Mi hermana...
ELENA.—Tanto gusto. ¡Encantadísima!
DOÑA LEONA.—Y una servidora, desfallecida, pero encantada también.
ELENA.—Perdone usted que les hayamos dado un susto tan horroroso.
SIXTA.—No, si el susto no ha sido...
PADRE LUCAS.—Sí, sí, no valen disimulos. El susto ha sido que yo tengo el bacalao que si se me va a Escocia lo vuelven a pescar.
DOÑA LEONA.—Es bacalao. Me dió el olorcillo.
SIXTA.—Sí, bueno, claro... una ligera sorpresilla. Está una tan poco acostumbrada a las emociones fuertes en estas aldehuelas... ¿Y estos señores son...?
PADRE LUCAS.—Pues tengo el placer de presentarte a esta señorita, que es una joven que no tengo el gusto de saber quén es... *(Se dan la mano)*.
SIXTA.—¡Ah, muy bien!... A su disposición.
PADRE LUCAS.—Y te presento también a esta señora que..., que tampoco me han podido decir...
SIXTA.—¡Tantísimo gusto!... ¿Y cómo han venido a estas horas?
PADRE LUCAS.—Pues han venido a estas horas por, por circunstancias que ignoro y para un asunto que, que ya me explicarán, con objeto de realizar algo que ya, ya te diré cuando me lo digan a mí ¿sabes?
SIXTA.—¡Ah, muy bien, muy bien! Encantada de conocerlas... ¡Claro, quién iba a presumir que por una cosa así...! ¿Y este joven tan parecido a Chon Chilber?
DON AGUSTÍN.—¿A Chon, quién?
SIXTA.—Chilbert.
PADRE LUCAS.—A éste sí que le conoces; fíjate, es Agustinito Palazuelo...
SIXTA.—¿El hijo de Encarnación García Tallarín?... ¡Es verdad! Tiene todo el tipo de los Tallarines.
PADRE LUCAS.—Todo. Pues aquí lo tienes hecho una sopa...
SIXTA.—¿No es ahijado tuyo?
DON AGUSTÍN.—En efecto, señora... *(Le da la mano)*.

SIXTA.—Pues tantísimo gusto.

PADRE LUCAS.—De forma que lo que precisa es que les demos ropa seca, porque traen sus trajes perdidos de agua.

SIXTA.—¡Oh, encantada! Y lo que siento es no disponer de un armario lleno de toaletas como las que describe en sus reseñas granmundanas la señorita Dy Safor en el *A B C D*.

PADRE LUCAS.—En el *A B C* nada más, hija; quita la D.

SIXTA.—Es verdad; pero como me es un periódico tan simpático, todo se me hace poco.

PADRE LUCAS.—Conque llévate tú a estas señoras, Sixta, y tú vente conmigo, Agustín.

SIXTA.—Sí, vengan, vengan... ¡Ay, qué cara!... Es talmente Marion Devis.

DON AGUSTÍN.—¿A quién le ha llamado esa señora Marion?

PADRE LUCAS.—No sé; pero no la hagas caso. Obsesiones suyas. *(Sixta, con Elena y doña Leona, salen por primera izquierda).*

ESCENA VII

CIRILO y BÁRBARA (con caras de terror, por primera izquierda.

BÁRBARA.—¿Serán tres ánimas, Cirilo?

CIRILO.—Yo no sé que te diga, Bárbara; pero yo he mirao por la cerradura y las he visto a las tres junto a las llamas de la chimenea con las manos así *(En actitud de oración)*, que estaban talmente como pa rezarles un Padrenuestro u pa echarle diez céntimos en el cepillo.

BÁRBARA.—Más me inclino yo a lo del cepillo...

CIRILO.—¿Quiés que les recemos un Padrenuestro por si son ánimas?

BÁRBARA.—Aguarda, que digo yo una cosa. Si son del Purgatorio, ¿cómo no s'han asustao el señor cura y doña Sixta?

CIRILO.—Entonces, ¿sabes lo que yo hacía?... Mirar por la cerradura, y según lo que veamos, hacemos.

BÁRBARA.—Dicho. Voy a ver. *(Va a mirar por donde se fué don Agustín).*

CIRILO.—Oye: no *(Deteniéndola)*, tú no mires, que ahí está el fraile.

BÁRBARA.—Pero, hombre, si son ánimas, qué más da.

CIRILO.—Bueno; pero ¿y si no son?... Yo miraré primero, por si es caso... *(Mira).*

BÁRBARA.—¿Qué se vé?

CIRILO.—¿No lo dije?... ¡Miá si llegas tú a mirar!

BÁRBARA.—¿Qué?

CIRILO.—¡Que lleva calzoncillos cortos!

BÁRBARA.—Pos con eso no viene del Purgatorio.

CIRILO.—Claro que no, como que se le hubían quemao. *(Cambia donde están las señoras).*—¡Atiza!... ¡Aquí sí que...!

BÁRBARA.—¿Qué ves?

CIRILO.—La señora más gruesa, que se está cambiando de medias.

BÁRBARA.—¿Y qué?

CIRILO.—¡Rediez!... ¡Que tié unas piernas que no son pa un requiescat; son para un gloria in escelsis!... ¡Qué piernas!

BÁRBARA.—¿De modo que no son una cosa del otro mundo?

CIRILO.—Mujer, una cosa del otro mundo no te diré yo, pero son manífica*s*.

BÁRBARA.—¡Amos, quita d'haí! *(Le empuja para que no mire).*

CIRILO.—¡Déjame, que son maníficas! *(Mira de nuevo).*

BÁRBARA.—¡Güeno, pos tú verás...; pero yo me queo a ciegas! *(Mira en la otra puerta).* ¡Mi madre! *(Retrocede).*

CIRILO.—¿Qué has visto?

BÁRBARA.—Un joven que se ha caído dentro de unos pantalones... y creo que lo van a sacar... *(Mira de nuevo).* Sí, lo van a sacar...

CIRILO.—Pos ámonos, no sea que nos pesquen aquí *(Vánse segunda derecha).*

ESCENA VIII

DON AGUSTÍN y el PADRE LUCAS (primera derecha).

(Don Agustín sale con un traje que le está anchísimo).

PADRE LUCAS.—La americana no te está mal del todo.

DON AGUSTÍN. *(Que sale acabándosela de poner).*—Debo estar como para una página en color de un periódico de modas y deportes.

PADRE LUCAS.—No diré tanto; pero estás seco, y sobre todo, estás amplio. ¡A mí me gustan las cosas amplias!

DON AGUSTÍN.—Ya se conoce. Ahora que el género de este trajecito le habrá a usted costado trece o catorce mil pesetas.

PADRE LUCAS.—No; me regaló la tela un fabricante que surtía al Ejército.

DON AGUSTÍN.—Pues le regaló a usted lo que tenía destinado al regimiento de Garellano. ¡Aquí cabe hasta la Plana Mayor!

PADRE LUCAS.—Claro, con esas currutaquerías que lleváis ahora...

ESCENA IX

DICHOS, ELENA, DOÑA LEONA, SIXTA.

(ELENA, *vestida graciosamente de aldeana leonesa;* DOÑA LEONA *con otra ropa, pero de señora, por primera izquierda).*

ELENA.—¡ Ay, por Dios, no mirarme !...

PADRE LUCAS.—¡ Jesús !... ¡ Pues si está usted encantadora !

DON AGUSTÍN.—¡ Pero si pareces enteramente una aldeana !... ¡ Qué monada !

ELENA.—¡ Ay, Agustín, qué facha !... ¿Pero tú de qué vas?

DON AGUSTÍN.—De almacén de paños...

ELENA.—¡ Qué americana !... ¡ Tienes que abrírtela con guardamalleta.

DOÑA LEONA. *(Saliendo con un traje verde muy cursi).*— ¡ Aquí me tienen a mí !

SIXTA.—Es mi traje de León.

ELENA.—¿ De León?... Pués parece más bien de lagarto.

SIXTA.—Pero la que está encantadora es esta señorita... Cualquiera diría que toda la vida ha sido una aldeana... Maneras, movimientos...

ELENA.—Es que soy tan sugestionable, ¿sabe usted?..., que en cuanto me pongo un traje me creo ser lo que el traje representa...

PADRE LUCAS.—¡ Es curioso !...

ELENA.—Ya vé usted, de pequeñita me disfrazaron de doña Inés del Tenorio, y en cuanto veía un sofá me echaba en él y empezaba a decir a cualquier chico: «¡ O arráncame el corazón, o ámame porque te adoro !...» Nada, que a los quince minutos me tuvieron que desnudar.

DOÑA LEONA.—Pues acuérdate del año que te vistieron de pasiega.

ELENA.—¡ Oh, aquello fué horrible !...

PADRE LUCAS.—Bueno; pues ahora, ya secos y tranquilos, hijos míos, sentaos previamente y yo creo que debíais contarme con toda franqueza, pero con toda franqueza, qué acontecimientos os han traído a esta humilde casa. *(Se sientan todos).*

DON AGUSTÍN.—Sí, señor, querido padrino *(Queda en pie),* con mucho gusto (¿y cómo se lo digo? Se lo embarullaré con un poco de retórica). Pues voy a contárselo todo, señor cura. Ahora bien, que al empezar mi narración les suplico que la oigan con un poco de benevolencia y que perdonen si la exaltación dramática me lleva a extremos líricos que me son necesarios para aprisionar toda la poesía que bate sus alas luminosas sobre nuestra aventura, impregnándola de un aroma de juventud cuya fragancia...

PADRE LUCAS.—Bueno, al grano.

DON AGUSTÍN.—Al grano; pero no me pisen los párrafos, hagan el favor, que si no me pierdo. Pues bien; sí, amado padrino, lo diré con entera franqueza: ¡yo esta mañana iba a suicidarme!

PADRE LUCAS.—¡Jesús!...

DON AGUSTÍN.—Gracias..., gracias a ésta, todavía aliento. ¿Cómo fué? Helo aquí...

SIXTA.—¡Oh, qué interesante!...

PADRE LUCAS.—Sigue...

DON AGUSTÍN.—Yo, amado padrino, adoro a Elena; pero la adoro con extremos tan ardorosos y frenéticos, que esta pasión, más que pasión, es un verdadero desate.

ELENA.—¡Que se te caen los pantalones, Agustín!

DON AGUSTÍN. *(Se los sujeta).*—Y este desate hace que ella sea para mí como estrella solitaria que en la noche callada parpadea fulgurante en el desierto sideral, enviándome su efluviosa dulcedumbre... ¿Podía yo consentir, pues, que la flor de sus labios diera su aroma a otros labios usurpadores?... No. ¡Jamás!... Pues eso es lo que iba a suceder. La iban a casar con otro. Y eso, no, no. ¡Nunca, nunca! ¡Qué porra!

PADRE LUCAS.—A propósito de porra: párate.

DON AGUSTÍN.—¿Qué pasa?

PADRE LUCAS.—¿Dices que iban hoy mismo a casarla?

DON AGUSTÍN.—Hoy mismo.

PADRE LUCAS.—¿Con otro?

DON AGUSTÍN.—Con otro, sí, señor.

PADRE LUCAS.—¡Santo Dios! Y entonces, ¿cómo está aquí contigo?

DON AGUSTÍN.—¡Aaaaaaah!

SIXTA.—¡Qué interesante! *(A don Agustín).* ¡Oh, qué cinta!

DON AGUSTÍN.—¡Es la de los tirantes, señora!

PADRE LUCAS.—¡Por Dios, no interrumpirle!... Dí, ¿cómo entonces está aquí contigo?

DON AGUSTÍN.—¡Aaaaah!

ELENA.—Bueno; calla tú, que yo se lo contaré de una manera más concreta. Si no, no acabaríamos nunca. Oígame a mí, padre.

PADRE LUCAS.—¡Habla, por Dios, hija!

ELENA.—Yo amaba a éste; pero defendió como letrado a un amigo de papá; ganaron el pleito, y papá me obligó a dejar sus relaciones y formalizarlas con Javierito Salado, un muchacho diplomático; y esta mañana, cuando iba a casarme con Javierito, he recibido una carta de éste... Saca la carta.

DON AGUSTÍN.—Me la he echado al bolsillo y tardaría mes y medio en dar con ella.

ELENA.—Bueno; ahí se la encontrará usted... Pues recibí

una carta de éste amenazándome con suicidarse en la misma iglesia donde yo iba a contraer matrimonio con el otro.

PADRE LUCAS.—¡ ¡ Qué horror ! !

DON AGUSTÍN.—¡ Estaba loco, padre !

PADRE LUCAS.—¡ Ya me lo figuro, hijo !

SIXTA.—¡ Oh, si esto lo cogen en Hollovay !

ELENA.—Enloquecí al leerlo. Corrí a disuadirlo, ya vestida para la ceremonia, y allí, en su casa, gritos, llantos, suspiros, ayes...

DOÑA LEONA.—La pintó un cuadro tan horroroso, que el *Año del hambre*, de Goya, era una caricatura de Xaudaró.

ELENA.—Y claro, yo, nerviosa, impresionable, me horroricé.

DOÑA LEONA.—Y el tiempo pasaba..., y yo, en el comedor, devorando mi impaciencia...

DON AGUSTÍN.—De pronto, cuando quisimos recordar, ya era tarde.

ELENA.—En casa habían notado mi falta.

DOÑA LEONA.—El escándalo estaba dado.

DON AGUSTÍN.—Sus padres venían a buscarla.

DOÑA LEONA.—Su prometido también, pistola en mano.

ELENA.—En esta incertidumbre... ¿dónde huir?

DON AGUSTÍN.—Le recordé a usted.

PADRE LUCAS.—¡ Caray, pues vaya un recuerdito?...

ELENA.—Me dijo: «Volemos a Prádanos del Lebrato».

DON AGUSTÍN.—Mi padrino es sacerdote; de modo que llegamos, nos postramos a sus pies...

ELENA.—Y de rodillas imploramos su bendición. Y aquí nos tiene usted, en Prádanos del Lebrato, de rodillas, inclinada la frente... *(Lo hacen).*

DON AGUSTÍN.—Y diciendo: Padre Lucas, queremos unirnos en la santa coyunda. ¡ ¡ Bendíganos usted ! ! *(Todos se han arrodillado. Agustín y Elena cogidos de la mano).*

PADRE LUCAS. *(Indignado, en pie).*—¿Qué os bendiga?... ¡ Vamos, no te doy un pescozón porque no quiero olvidar mi carácter sacerdotal, que si no !...

DON AGUSTÍN. *(Huyendo).*—¡ Caracoles !

ELENA.—¿Pero es que no puede usted casarnos?

PADRE LUCAS.—¿Pero cómo voy a casaros?... ¿Pero tú crees que esto de casarse es tan sencillo como tomarse un refresco en el Peral de la Castellana?

DON AGUSTÍN.—¿De modo que es imposible que nos unamos?

PADRE LUCAS.—¿Pero imaginas que en España se hacen bodas como esas de las películas, en que un cura, colgado de un andamio, casa a dos que pasan en motocicleta a sesenta por hora?...

SIXTA.—¡ Ay, pues sería precioso !

PADRE LUCAS.—De forma que, después de lo que habéis di-

cho, tú, Agustín, no puedes permanecer en esta casa ni un minuto más hasta que salga de ella esta señorita.

Don Agustín.—¿Pero dónde voy a estas horas?

Padre Lucas.—A la posada.

Don Agustín.—¿Me admitirán?

Padre Lucas.—Admiten toda clase de talegos. ¡Habéis hecho una locura!... Comprometiéndome a mí ante tus padres, ante la ley, ante las autoridades eclesiásticas...; porque, ¿cómo justifico yo que en mi domicilio parroquial se albergan dos fugitivos?

Elena. *(Llorando)*.—¡Ah, Dios mío, que le hemos comprometido!...

Padre Lucas.—De modo que a esta señorita, mañana en cuanto amanezca, me la voy a llevar a su casa.

Elena.—No; a mi casa no; a un convento, padre, a un convento.

Padre Lucas.—¿Qué convento?... ¡A su casa!

Elena.—¡No; yo quiero ir a un convento!

Padre Lucas.—¿Pero a un convento en concepto de qué?

Elena.—¡En concepto de novicia!

Padre Lucas.—¿Una novicia que se iba a casar con uno y se escapa con otro? ¡Valiente novicia!

Elena.—¡Ay, sí, sí, es verdad, señor cura! ¡Ay, que lo que me pasa es horrible! ¡Ay, que no tengo salvación! ¡Ay, que yo quiero suicidarme!... ¡Yo quiero tomar un veneno!

Padre Lucas.—¡Aquí no se toma usted nada!

Don Agustín.—¡Por Dios, padrino, no nos abandone usted!

Padre Lucas.—¿Pero qué quieres que haga yo?...; ¡Esta señorita ha adquirido compromisos canónicos y legales con otro joven, que no son fáciles de destruir!...

Elena.—¡Ay, que no son fáciles! ¡Ay, qué horror!... ¡Ay, que me quiero envenenar!... ¡Darme algo!...¿Pero no tienen ustedes cerillas?...

Padre Lucas.—Y dime, ¿no sabe nadie que os habéis dirigido aquí?

Agustín.—No, nadie; eso, no, no lo sabe nadie, no tenga usted cuidado.

Padre Lucas.—Menos mal... Eso nos dará algún tiempo para preparar...

Doña Leona.—No sabe nadie que estamos aquí, puede usted estar absolutamente tranquilo. *(Golpean fuertemente la puerta)*.

Elena.—¡Madre!...

Padre Lucas.—¡¡Cielos!! ¡Llaman!

Agustín.—¡Porra!

Elena.—¡Santo Dios! *(Alumbra la ventana el resplandor de los faros de un automóvil)*.

SIXTA.—¡ Los faros de un automóvil ! *(Suena un clakson que ladra).*

ELENA.—¡ Mi novio !... Conozco los ladridos de su clakson.

SIXTA.—Vengan. Escóndanse.

PADRE LUCAS.—Ocúltalos un momento. *(Huyen todos primera izquierda).*

VOZ. *(Fuera).*—¡ Abran inmediatamente !

PADRE LUCAS.—¿Quién va?

VOZ. *(Fuera, golpeando).*—¡ Abran o echamos la puerta abajo !

ESCENA X

PADRE LUCAS, JAVIER, AMADOR. (Trajes de camino).

PADRE LUCAS. *(Enérgicamente abriendo).*—¡ Adelante quien sea !... ¿Pero qué es eso de echar la puerta abajo en una casa honrada y cristiana?

LOS DOS. *(Entrando airados).*—¡ Buenas noches !

PADRE LUCAS.—Dios se las dé como les convenga, con buen comedimiento de añadidura.

JAVIER.—Perdone usted, señor mío, pero estímulos de honor y apremios de venganza me obligan a prescindir de las conveniencias sociales.

PADRE LUCAS.—Yo no puedo aceptar disculpas de quienes en tal noche y a esta hora, en vez de solicitar una hospitalidad la exigen.

JAVIER.—Lo sentimos mucho, pero lo que nos ocurre justifica todas las demasías, porque es muy amargo, señor cura, muy amargo lo que nos trae a esta casa.

AMADOR.—¡ Es muy triste lo que nos sucede, señor cura !

PADRE LUCAS.—¿Ustedes dirán?

JAVIER.—En esta casa sabemos que se alberga...

AMADOR.—Lo sabemos porque nos lo ha dicho el mismo carretero que lo ha traído...

JAVIER.—Un miserable, que esta mañana ha raptado villanamente a la mujer a quien yo esperaba al pie mismo del altar... ¿Y qué haría usted, señor cura, qué haría usted con el bandido que le hubiese arrebatado la novia?...

PADRE LUCAS.—Hombre, yo no puedo servir de término de comparación...

AMADOR.—¿Y usted me vé a mí de luto?... Bueno, pues no se me ha muerto nadie.

PADRE LUCAS.—¡ Caramba, pues que sea enhorabuena !

AMADOR.—¡ Qué enhorabuena ni qué narices !... A mí se me muere hoy ese miserable o lo mata este señor !

Javier.—¡Es un canalla, que con una farsa trágica ha abusado del terror de una criatura impresionable, arrebatándola de mis brazos!

Amador.—Es un farsante, que me saca de Béjar, me nombra heredero universal jurándome que a la una menos cuarto se iba a pegar un tiro en el atrio del convento de las Religiosas de San Juan Ante Portam Latinam, y en vez de cumplir su compromiso en ese convento o en otro cualquiera, que yo no soy exigente, va y se escapa con la novia del señor, dejándole a él en blanco y a mí como usted me vé: de riguroso luto... ¡Ah, no, eso no puede ser!

Javier.—Y figúrese usted el ridículo y la vergüenza en que yo he quedado. Pertenezco al cuerpo diplomático... ¡Bueno, pues todo mi cuerpo, muerto de risa!... ¡Ah, no, no, esto es tremendamente trágico!... De modo que dígale usted que salga, porque yo necesito matarle.

Amador.—¡Y yo necesito que lo mate!

Padre Lucas.—¡Por Dios, reflexionen ustedes!

Javier.—Yo no reflexiono nada; yo le mato. ¡Me lo pide mi dignidad!... ¡Me lo pide el cuerpo!...

Padre Lucas.—¡En mi casa no matan ustedes a nadie, señores míos!

Amador.—¿Cómo que no?... Es absolutamente preciso... Al señor se lo pide el cuerpo y a mí me lo pide el que a cuenta de la herencia he firmado letras, he puesto un telegrama a mi principal insultándole y me echará del Paraíso, he adquirido compromisos de un orden delicadísimo con una tal Sinforosa y esto no se enmienda ya. Yo tengo en mi bolsillo una esquela murtuoria de su puño y letra, y esta esquela no se queda inédita... ¡Yo la publico mañana, pase lo que pase!... ¡A mí no se me da el timo de la gasa!... ¡Ah, no!...

Javier.—¡Ni a mí se me deja de saqué!... Conque, que salga, porque ya me pesa el tiempo que tardo en meterle una bala en el corazón!

Amador.—¡Que salga ese canalla!

Padre Lucas.—¡Ea, pues no saldrá!

Los Dos.—¿Cómo que no?

Padre Lucas.—No, señores, y puesto que olvidan ustedes que están en mi casa, yo se lo recordaré invitándoles a salir de ella inmediatamente *(Abre la puerta).*

Javier.—¿Cómo salir de ella? ¡Está usted loco!... ¡Yo no me voy de aquí, pase lo que pase, sin registrar la casa pieza por pieza y acribillar a tiros donde lo encuentre a ese perro vil y fementido!

Amador.—¡Muy bien!... ¡Que salga ese perro!... ¡Qué salga ese cobarde!... O entra el señor y le... *(Sale Agustín y lo echa a rodar de un empujón).*

ESCENA XI

DICHOS y AGUSTÍN. (De la primera izquierda).

AGUSTÍN.—¡Basta, miserables!... *(Empuña un leño de la chimenea y se planta ante ellos en actitud heroica).*

PADRE LUCAS.—¡Agustín, por Dios!

AGUSTÍN.—¡Eso de perro ha colmado la medida! ¡Aquí me tienes!

JAVIER.—¿Pero qué esperpento es éste?

AGUSTÍN.—Un esperpento que te va a arrancar la lengua como te arrancó la novia.

JAVIER.—¿Y encima me insulta?... ¡Ah, no!... ¡Tras de lo uno lo otro, no!... ¡Disponte a morir, canalla! *(Saca una pistola).*

AGUSTÍN.—¡Vamos a verlo, que a mí no me achica nadie!

AMADOR.—No, como no sea un sastre no hay quien lo achique...

PADRE LUCAS.—¡Por Dios, Agustín, que estáis en mi casa!...

AGUSTÍN.—¡Quítese usted, padre; quítese de delante, que lo parta de un leñazo..., que ya estoy en la alternativa de morir o de matar!...

AMADOR.—Y respecto a mí...

AGUSTÍN.—Aparta, que yo no mato becerros... Ya has oído lo de la alternativa. *(Tirándole leñazos a Javier y tratando de desasirse del padre Lucas).* Déjeme que triture a ese pinta... ¡Canalla! ¡Cobarde!...

JAVIER.—¡Apártese, que lo mato!... *(Dispara con su pistola y le falla el tiro).*

AMADOR.—Afina la puntería, ¡por Dios!

JAVIER.—¡Apártese, que lo mato!... *(Otro fallo).*

AMADOR.—¡Pero dispárale bien!

JAVIER.—¡Apártese, que lo mato!... *(Otro fallo).*

AMADOR.—¿Pero qué le pasa que no dispara?... ¡Apúntele bien, por Dios!

JAVIER.—Que con la lluvia se conoce que se me han mojado los cargadores... ¡Yo no sé qué tiene esta pistola!... *(Al apuntar hacia el suelo para probarla de nuevo le sale el tiro y le da en un pie a Amador, que da un terrible grito; levanta el pie, se lo coge con la mano y cae rodando al suelo).*

AMADOR.—¡He perdido una falange!...

JAVIER.—¡Socorro, que lo he herido!...

PADRE LUCAS.—¡Santo Dios, sangre, sangre homicida en mi casa!... ¡Socorro!

AMADOR.—¡Me ha matado!... ¡Un médico! ¡La Extrema Unción!

ESCENA XII

DICHOS, ELENA, DOÑA LEONA, SIXTA, BÁRBARA, CIRILO.

ELENA.—¡ Dios mío ! ¿ Pero qué ocurre?

JAVIER.—La tragedia de tu culpa. ¡ He aquí tu obra !

SIXTA.—¡ Un tiro !... ¿ A quién?...

PADRE LUCAS.—¡ Un hombre herido !...

BÁRBARA.—¡ Voy a avisar al señor médico !...

ELENA.—¡ Sangre !... ¡ Yo me muero !...

PADRE LUCAS.—¡ Vamos, venid ; ayudadme !... ¡ Por caridad ! ¡ Por misericordia ! ¡ Que se desangra !

AMADOR.—¡ Me muero ! ¡ Me muero !... ¡ Llevadme entre cuatro !

DOÑA LEONA. *(Saliendo).*—¿ Pero qué ha sido?

PADRE LUCAS.—¡ A este señor, que le han pegado un tiro en un pie !

DOÑA LEONA.—Entonces, ¿qué dice de cuatro?

PADRE LUCAS.—¡ Un tiro en un pie, señora !

DOÑA LEONA.—¡ Ah, ya !... ¿ Y no sabe en cuál de los cuatro? ¡ Pobre hombre !... *(Gritos, confusión, barullo).*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo, sino que poco después de amanecer. Están las puertas abiertas. Sigue lloviendo. Gotean las canales. En la calle, un ambiente gris de niebla.

ESCENA PRIMERA

BÁRBARA y el PADRE LUCAS.

BÁRBARA. *(Sola. Limpia la habitación, barriendo y sacudiendo los muebles. El reloj apunta las siete. Sale el cuco y canta una vez nada más).*—¡ Mialo ; el demonio el avechucho ! ¡ Son las siete y no ha salío más que una vez !... Que en cuanto me vé sola me tié miedo. U pué que esté amedrentao del jaleo que se armó aquí anoche. ¡ Madre, qué trifulca !... ¡ Era pa morisen !... ¡ Pos doña Sixta, encantá ; diciendo que esto paecían los ángeles !... ¡ Miá que los ángeles, con la de estacazos que se repartieron a última hora !

PADRE LUCAS. *(Sale todavía emocionado y temeroso).*—Buenos días, Bárbara.

BÁRBARA.—Que sean mejores que la noche pasá, señor cura.

PADRE LUCAS.—Calla, hija, qué nochecita... ¿Viste qué espanto?

BÁRBARA.—¿No habrá usté podío dormir?

PADRE LUCAS.—Poquísimo, y lo que he dormido con una inquietud y un desasosiego... No hacía más que quedarme traspuesto y soñaba que seguía lloviendo a mares, que se me aparecían en la puerta nuevos forasteros repartiendo bofetadas, y que uno de ellos me dió un paraguazo que me rompió la teja, a consecuencia de lo cual se me produjo una gotera que me calaba sotana y todo. ¡ Qué pesadilla, Jesús !

BÁRBARA.—¡ Menudo fregao nos metió en casa el ahijadito ! ¡ Y yo que creí que eran ánimas del purgatorio !

Padre Lucas.—Mira, puede que nos hubiese tenido más cuenta.

Bárbara.—Seguro, porque con un par de rosarios y tres tazas de tila...

Padre Lucas.—Bueno, bueno; no disparatemos. *(Se persigna).* Y gracias a que yo tuve energía y mandé a aquellos dos energúmenos cada uno a una posada, si no me matan aquí. Hice acostar a la señorita y a su acompañanta en el cuarto de forasteros, y respecto al señor herido ya viste que tuvimos la suerte de que a las voces entrara el veterinario, que pasaba cerca; que le vió, le examinó la herida del pie y dijo: Esto es cosa mía. Y se lo llevó para curarlo.

Bárbara.—Pero el pobre señor no iba muy conforme.

Padre Lucas.—Es que no le satisfizo el diagnóstico, y cuando se lo llevaban me dijo: Este señor me va a errar. Tuve que tranquilizarlo. ¡Ay, qué noche, qué noche, Madre Santa!... Que se vayan cuanto antes es lo que pido a Dios.

ESCENA II

Dichos. Sixta (entra de la calle cerrando el paraguas).

Sixta. *(A Lucas).*—¿Ya te levantaste?

Padre Lucas.—¡Si apenas he podido pegar un ojo!...

Sixta.—Ya me lo figuraba. Con ese genio tuyo tan apocado y tan... ¡Jesús, qué hombres de tan poco ánimo!

Padre Lucas.—¡Poco ánimo, cuando las pasiones endemoniadas se han desencadenado en nuestra casa!

Sixta.—¡Ay, pues tú no sabes lo que yo disfruté anoche!

Padre Lucas. *(Indignado).*—¡Vamos, Sixta, por Dios no digas eso!

Sixta.—Como tienen todos tan buenas figuras y se pegaban como si lo tuviesen ensayado, a mí me daba la impresión de que estábamos filmando una película.

Padre Lucas. *(Enfadado).*—Sí, ¡Tomasín sacerdote!... ¡Jesús, hija, que tienes unas cosas!... ¿Y de dónde vienes?

Sixta.—¡Ay, calla, que vengo del establo! ¡Esa chiquilla forasterita es encantadora! A las cinco ya estaba en pie. Se ha barrido su cuarto; se ha hecho su cama...

Padre Lucas.—¡Canastos! ¿A las cinco la cama?

Sixta.—Y como dice que ella siente la influencia del traje que se pone, pues se ha sentido aldeana, ha cogido los zuecos, las cántaras de leche, el paraguas y con la señora de compañía se ha ido al establo, y allí la tienes ordeñando las vacas.

Padre Lucas.—¡Ordeñando las vacas desde las cinco!... Traerán veinte azumbres de leche lo menos.

Sixta.—No, como ella ordeña tan despacio y la señora se la bebe tan deprisa..., pues no la cunde.

Padre Lucas.—Claro, de esa manera...

Sixta.—Dice que goza en el establo, y si deja de ordeñar es para acariciar a la ternera. ¡Son más simpáticas!... La señora de compañía me ha preguntado: ¿Esta ternera es de las que se comen? La he dicho que sí, y, «¡Ay, qué rica!» ha exclamado, mirando al animalito por todas partes. ¿Qué la busca usted?, la he dicho. «Estoy viendo a ver si la encuentro los filetes...» ¿Qué ingenuidad, eh?

Padre Lucas.—Sí, mucha ingenuidad; pero como la coja con guisantes, ya verás tú.

Sixta.—Pues la chiquilla está encantadísima; diciendo que no se quiere ir de aquí de ninguna manera.

Padre Lucas.—¡Canario! ¿Cómo que no se quiere ir de aquí?... ¡Ya lo creo que se va!... ¡Pues eso podíamos hacer! ¡Menudo telefonema le he puesto a los padres, de perentorio y de apremiante, para que vengan por ella!... Cirilo lo llevó anoche mismo a Orcajo con la yegua.

Sixta.—Es que como dice que esto es idílico y se ha vestido de aldeana, pues no va a haber quien la mueva del pueblo.

Padre Lucas.—Es que yo la voy a vestir de motorista, a ver si coge la carretera adelante y desaparece en dos minutos, porque yo aquí no quiero más jaleos.

Bárbara. *(Entrando de la calle).*—Señor cura...

Padre Lucas.—¿Qué pasa?

Bárbara.—El Garrones, el mozo e la posá, que ice que viene a traerle a usté un recao de su amo.

Padre Lucas.—¡Carape!... ¿Qué ocurrirá?

Sixta.—¿Se habrá puesto peor el herido?

Padre Lucas.—¡Qué se yo!... Dile que pase.

Bárbara.—Que entres, Garrones.

ESCENA III

Dichos y el Garrones.

Garrones.—¡A la pá e Dios!

Padre Lucas.—¡Pasa, Garroncitos, pasa!... ¿Qué ocurre, hijo?

Garrones.—Pues naa, que m'ha dicho mi amo... ¡Uy, que no m'alcuerdaba!... ¿Y cómo están ustés?

Padre Lucas.—Muy bien, hijo; gracias... Conque dinos...

Garrones.—Pues yo güeno...

Padre Lucas.—Güeno, hombre, anda...

Garrones.—¿Y la familia?

Padre Lucas.—La familia, para reventar de impaciencia. ¿No nos ves?... Conque cuenta. ¿A qué te manda tu amo?

Garrones.—Pues es el caso que la cosa creo que es mu grave, porque m'ha dicho mi amo: Garrones, trota pa en cá el señor cura y le ices que tengo mu mala espina con el huespede que m'ha mandao aquí anoche.

Padre Lucas.—¿Pues qué ha hecho?

Garrones.—Que tenemos barruntos de que no está en sus cabales; que tié como una muenomanía de que quié matar al otro señor que ha mandao usté a la posá del señor Usebio, y que no calla con que l'ha e matar; y hace menos de naa que s'ha presentao allí un señor de luto que cojea, y en vez de calmalo, pues le icía que tenía que matalo, y que tenía que matalo hoy mismo. Y no sé qué han concordao, que el señor de luto s'ha ido por too el pueblo a buscar armamento de dos espás, u dos sables, u dos carabinas, u lo que sea, pa que se maten al medio día a la orilla del río, delante de las presonas quo quián presencialo.

Padre Lucas.—¡Madre mía! ¡Están concertando un duelo!

Sixta. *(Muy apurada)*.—¡Qué horroı!... ¿Crees tú?

Padre Lucas.—No lo dudes... ¡Y eso sí que no, Dios bendito! Ni mi conciencia, ni mi... ¡Ay, ay, ay, que esto me cuesta a mí una enfermedad! ¡Jesús de mi alma!

Garrones.—A too esto, mi amo, alarmao, m'ha dicho: «Antes de iten en caa el señor cura, veten a la posá del señor Usebio, que es ande está el señor del traje ancho, a ver qué pasa por allí». Y yo me ido de sigilo a escuchá por una ventana...

Padre Lucas.—¿Y qué?

Garrones.—¡Que no quiá usté saber!... ¡Que como el señó Usebio es enemigo d'usté, porque ice que él es anticlerigal y comunista, con perdón, pues le estaba iciendo: «Usté se lleva hoy esa señorita den caa el cura, u le pegamos fuego a la casa.

Padre Lucas.—¡Madre mía! *(Cae sentado en una silla).*

Sixta.—¡Virgen, qué espanto! ¡Incendiarnos la casa!

Garrones.—Yo he mirao por una rendija, y estaban sentaos los dos en una mesa, bebiendo unas copas de licor... Y siento dale a usté la noticia, pero no sé que les he oído del cura asao...

Padre Lucas. *(Pegando un salto).*—¡Porra!... ¿Pero qué dices?

Sixta.—¡Lucas! ¿Pero serán capaces de asarte?

Padre Lucas.—¡Ay, mi madre!... ¡Ay, no, no, no! ¡Todo lo que quieran, crudo; pero...! ¡Ay, no, no!... ¡Ay, Garrones!...

Sixta.—¡Ay, Lucas! ¿Qué vas a hacer?

Padre Lucas.—¿Qué quieres que haga? Resolver esto más que a paso, que yo ya no espero a que vengan los padres de la chica... Yo voy a llamar a ese pollo don Javier, al que realmente, según la ley civil y la Iglesia, iba a ser su marido, y puesto que él tiene un automóvil, que se deje de desafíos y que se la lleve en seguida a su casa, y que los casen o los... ¡vamos, a mí no me achicharran el domicilio!

Sixta.—Sí; me parece lo más acertado.

Padre Lucas.—Bueno. Garrones, vuélvete a escape a la posada y dile a ese don Javier que venga sin perder minuto.

Garrones.—En un vuelo. *(Vase de prisa foro).*

Sixta. *(Asustada).*—¡Ay, que la película se complica, Lucas!

Padre Lucas.—Ya te lo decía yo, Sixta. Es preciso que toda esa gente se marche en seguida, pero en seguida...

Sixta.—Yo voy a arreglarles la ropa, por si acaso. *(Vase izquierda).*

ESCENA IV

El Padre Lucas, Elena y Doña Leona.

(Entra Elena *con unas cacharras de leche;* Doña Leona, *con un cesto de huevos).*

Elena. *(Muy alegre).*—Buenos días, padre.

Padre Lucas. *(Paseando preocupado).*—Regularcitos nada más, hija; regularcitos.

Elena.—¡Ay, pues a mí, todas las emociones de ayer se me están olvidando, porque me encuentro tan divinamente vestida de aldeana!...

Padre Lucas.—Sí, claro; pero, vamos, un traje de camino tampoco crea usté que le sentaría mal...

Doña Leona. *(Entrando).*—¡Oh, regalada vida la del que huye al mundanal ruido!..., que dijo un compañero de usté, señor cura... ¡Oh, qué vida tan grata! ¡Esto es absolutamente virgiliano, padre!

Padre Lucas.—Sí, algo virginialillo; pero, vamos, no crean ustedes tampoco que los alrededores de Madrid... son una porquería... Yo conozco las Ventas del Espíritu Santo, y...

Elena.—No, no, por Dios. ¿Qué vale aquello, comparado con esto?... ¡Oh, sí, sí!... Yo ya he encontrado lo mío.

Padre Lucas.—¿Había usté perdido algo?

Elena.—No; quiero decir que yo ya no me voy de aquí, padre.

Padre Lucas.—¡Pero hija!

Doña Leona.—Ni una servidora.

Padre Lucas.—¡Pero servidora!... ¡Digo, ay, que ya no sé lo que me digo!... ¿Pero cómo que no se van ustedes de aquí?... Vamos, no digan locuras... Aquí se aburrirán terriblemente.

Elena.—¡Quiá! Yo estoy encantada; ahora mismo acabo de ordeñar cinco azumbres de leche, padre.

Padre Lucas.—Bueno; pero eso no es obstáculo para un viaje... Ya nos la beberemos nosotros. *(Elena contempla el paisaje desde la puerta).*

Doña Leona.—¿Pues y yo?... ¡Oh, cómo me gusta a mí vivir la égloga! Mire usted, señor cura; mire usted qué docena y media de huevos he cogido en el gallinero.

Padre Lucas.—La postura de ayer.

Doña Leona.—¡Qué gordísimos! ¿Eh?

Padre Lucas.—Como los ponen nuestras gallinas.

Doña Leona.—¿Y vé usted qué hermosos? ¡Pues todos vacíos!

Padre Lucas.—¿Cómo?... ¿Los han puesto vacíos?

Doña Leona.—No: la que los ha puesto vacíos he sido yo, que tengo la costumbre de hacerles un agujerito en la parte anterior y otra en la posterior, y me los sorbo.

Padre Lucas.—¡Caramba, qué habilidad!

Doña Leona.—Huevo puesto, huevo sorbido. Me he tomado docena y media. Me preparan muy bien el estómago para el desayuno.

Padre Lucas.—¡Sí, sí; es un vermú!

Doña Leona.—¡Yo desayuno de tenedor, padre!

Padre Lucas.—Ya se conoce, hija.

Doña Leona.—¡Y vengo encantada! ¡Tienen ustedes una ternera tan monísima!...

Padre Lucas.—Sí; pero peligrosa. ¡Da unos topetazos!...

Doña Leona.—No; a mí, no. Sería la primera vez que me hiciera daño ninguna ternera. Y también he visto que en la huerta tienen ustedes patatas.

Padre Lucas.—¡Ternera y patatas!... ¿Se ha fijado usted en la coincidencia, eh?

Doña Leona.—¡Oh, ya lo creo! A mí, en asuntos gastronómicos, no se me va una. Anoche di también con el jamón que tienen ustedes. ¡Qué riquísimo! Antes de acostarme encontré en la despensa un trozo así como de medio kilo, y me lo comí en cuatro bocadillos.

Padre Lucas.—¡Canario!

Doña Leona.—Pero me los tomé con manteca.

Padre Lucas.—¡Ah, vamos! Menos mal. ¡Me había alarmado!

Doña Leona.—Yo, como dice Elenita, también he encontrado lo mío.

Padre Lucas.—No, perdone usted; usted ha encontrado lo nuestro, que no es lo mismo.

Doña Leona.—¡Oh, qué señor cura tan humorista! ¿Ha venido el panadero? *(Hace mutis segunda derecha).*

Elena. *(Entra de la puerta).*—¡Oh, sí, sí!... Y a mí, la contemplación del paisaje me está transformando totalmente, señor cura... Claro, como llegamos de noche, no me había fijado. ¡Qué paisaje! Es de una belleza idílica. Estoy embelesada. Ahora veo cuán despreciable es la vida vanidosa y cortesana, señor cura; porque todo, todo, el traje, la casa, el ambiente, todo cuanto me rodea me está inspirando un sentimiento profundo de humildad y servidumbre.

Padre Lucas.—¡Por Dios, señorita; yo la suplico que se deje de églogas y geórgicas y que medite un poco en su equívoca y peligrosa situación.

Elena.—¡Ah, no, padre! No quiero pensar en eso.

Padre Lucas.—No tiene más remedio, y para ello he mandado por don Javier, para que hablen ustedes de su asunto y resolvamos ahora mismo.

Elena.—¡Ah, con él, nunca!... No, no quiero hablar con él... No quiero pensar en los errores de mi pobre vida... Déjeme usted divagar, fantasear, soñar...

Padre Lucas. *(La detiene).*—Y mire usted... A propósito; allí viene don Javier.

Elena.—Me voy; no quiero hablar con él. ¡Me da miedo!

Padre Lucas.—No tiene más remedio, hija mía. Este hombre la esperó al pie del altar. Tiene cierto derecho a una explicación.

Elena.—Bueno; pues por lo menos no se vaya usted. *(Se oculta tras el cura).*

ESCENA V

Dichos y Javier (del foro).

Javier.—Buenos días, señor cura.

Padre Lucas.—Muy buenos, don Javier.

Javier.—Vengo a ponerme a sus órdenes. Sé por el Garrones que desea usted hablarme.

Padre Lucas.—En efecto. Es preciso que tenga usted una conferencia; pero no conmigo, sino con esta señorita. *(Señala á Elena, a la que descubre).*

Javier. *(Al verla, indignado).*—¡Ah, ella! ¿Tú?...

Elena. *(Suplicante).*—¡Javier!...

Javier.—¿Yo, hablar con esa perjura?... ¡Jamás! ¡Nunca, señor cura!

Padre Lucas.—Es absolutamente necesario, hijo mío.

Javier.—¡Nunca! ¡Nunca! ¡No quiero verla!

Elena.—¡Cálmate, Javier!

Javier.—¿Que me calme?... ¡Después de lo que has hecho conmigo!

Elena.—¡Yo no he hecho nada!

Javier.—¿Que no has hecho nada?... ¡Y nos has tomado el pelo a mil ochocientas personas: obispos, diplomáticos, comunidades religiosas, invitados, metres d'hotel, controler de «wagons-lits»... ¿Que no ha hecho nada?... ¡Y me deja al pie del altar y teniendo tomadas hasta las camas del sud-exprés, señor cura!

Elena.—¡Pero yo no tengo la culpa! ¡He sido una víctima del terror!

Javier.—¿Que no tienes culpa?... ¡Ah, miserable!

Elena.—¡Mira, Javier, no me acongojes con recriminaciones, que estoy muy afectada y me va a subir la bola histérica!

Javier.—¡Y a mí qué me importa!... ¡Perjura, frívola, artera!

Padre Lucas.—¡Por Dios, no chille usted, que la va a subir la bola histérica!

Javier.—No haga usted caso, señor cura, que esa es una de tantas bolas con que nos engañan las mujeres.

Elena.—¿Es decir, que no crees en mi angustia?...

Javier.—¡No, señora!...

Elena.—¿Es decir, que me crees una perjura, ruín y despreciable?

Javier.—¡Sí, y cien veces sí!

Padre Lucas.—¡Por Dios, hijos míos! No regañen. He enviado por usted, don Javier, confiando en su buen juicio, porque considero que es hora ya de que tengan una explicación. Y si Dios les ilumina y se ponen de acuerdo, como espero, usted tiene un automóvil; la señorita, una señora de compañía; de aquí a Madrid hay doscientos cuarenta y cinco kilómetros; de modo que puede usted llevársela ahora mismo, sin detrimento de la moral, entregársela a sus padres...

Javier.—¿Y si Dios no nos ilumina?...

Padre Lucas.—Ah, en ese caso... usted tiene un automóvil; la señorita, una señora de compañía; de aquí a Madrid hay doscientos cuarenta y cinco kilómetros, y si no les ilumina aquí, prueben a ver si les ilumina en otra parte. Conque aquí les dejo solitos, para que se pongan de acuerdo. Confío en la bondad de sus corazones. Que el Espíritu Santo les auxilie con su gracia... *(Aparte)* y me los quite de encima por los siglos de los siglos. *(Alto)*. Amén. *(Vase primera izquierda).*

ESCENA VI

ELENA y JAVIER.

ELENA. *(Mimosa).*—Ya lo has oído, Javier. Nos deja solos para que nos pongamos de acuerdo. *(Insinuante).* Tú dirás.

JAVIER. *(Iracundo).*—¿Y tú crees, Elena, que después de lo ocurrido puede ya existir alguna clase de acuerdo entre nosotros?

ELENA.—Si tú quisieras oirme...

JAVIER.—¿Para qué?... Si tu conducta fementida me ha puesto en un ridículo que sobrecoge.

ELENA.—Mi conducta tiene cierta justificación, Javier.

JAVIER.—¿Justificación?... No digas locuras, Elena. Y si no me querías, ¿por qué me hiciste confiar hasta el último momento? ¿Dime?

ELENA.—Mira, Javier, yo te juro por lo más sagrado que nunca pensé en no casarme contigo.

JAVIER.—¿Entonces?...

ELENA.—Es que ese loco me amenazó con matarse en la iglesia donde íbamos a contraer matrimonio. Yo debía impedirlo, compréndelo.

JAVIER.—Pero el hecho de huir con él prueba que olvidaste tus promesas de amor.

ELENA.—Ni una sola, Javier. *(Ruborizada).* ¡Cómo iba a olvidar los besos que te anticipé la víspera!... *(Pausa).* ¿Te acuerdas?

JAVIER.—¡Calla!... ¡Calla!...

ELENA.—Tres de refilón, y uno de película... Todos en el pasillo... ¡Ah! Y el pellizco que me diste en el hall, que nos vió la de Gurrea y dijo: «Ha sido de eminencia», presumiendo, por lo visto, un cardenal... ¡Pasé un sofoco!

JAVIER.—¡Huir tú con otro hombre, cuando ya teníamos hecho nuestro nido!... ¡Aquel nido delicioso, en cuyo comedorcito hicimos el presupuesto para nuestra futura vida!

ELENA.—¡Y que era un presupuesto más sol!... ¿Te acuerdas? Contábamos para vivir con setecientas pesetas de tu sueldo y ochocientas de papá; total, mil quinientas. Destinamos novecientas a gastos superfluos, como pagar la casa, luz, modista y esas tonterías que no paga casi nadie; nos sobraba un pico de seiscientas, para imprevistos, y tú me dijiste: «Oye, ¿pero con qué vamos a comer?» Y yo te dije: «No me había acordado, es verdad; pero no te apures, te daré de comer con el pico». Tú me replicaste humorísticamente: «Pues anda ya, que el hambre me devora». y acercaste tu boca a la

mía... Te llamé glotón y te dí un pisotón, ¿te acuerdas? *(Le da, al decirlo, un pisotón que lo amarga).*

JAVIER.—Sí; pero oye, los pisotones no me los recuerdes hasta que te quites los zuecos, ¡por lo que más quieras!

ELENA.—Y, ¡ah, Javier! ¡Cuando todo nos sonreía, surgió ese demonio de Agustín!

JAVIER.—Y tu miedo condescendiente y fatal... Porque ahora, nuestra situación es terriblemente trágica.

ELENA.—¿Qué dices?

JAVIER.—Sí; es preciso que tú lo sepas todo: a las doce nos batimos Agustín y yo.

ELENA.—¡Ah, no!... ¡Un duelo por mi culpa!... No, no; no es posible, Javier.

JAVIER.—No hay remedio.

ELENA.—¿Pero a qué os batís?

JAVIER.—Eso no lo sé aún. Amador, su primo, anda corriendo todo el pueblo, buscando dos armas iguales: pistolas, sables, espadas, lo que sea... y dos o tres testigos, que tampoco tenemos.

ELENA.—¡Oh, no, no! ¡Qué espanto! Eso no es posible, Javier. Aún podemos ser felices... ¿Por qué no huimos?

JAVIER.—¡Por Dios, Elena!... ¡No me precipites a una nueva indignidad!... Y mira, espera...

ELENA.—¿Qué?...

JAVIER.—Amador, que llega. ¡Déjanos un instante!

ELENA.—No, no; yo no te dejo, Javier.

JAVIER.—Sí, sí; es preciso. ¡Déjanos! *(La lleva a la primera izquierda y vase Elena).*

ESCENA VII

DICHO y AMADOR (del foro).

AMADOR. *(Con un envoltorio grande).*—¿Se puede?

JAVIER.—Pase usted, amigo Amador...

AMADOR.—Vengo muerto, renqueando... *(Hablando bajo).* ¡Con la herida inflamada todavía!... ¡Esto no lo hago yo más que por un amigo!

JAVIER.—¿Y qué?

AMADOR.—Que, es mi deseo de complacer a usted y que pueda matar a ese sinvergüenza con toda corrección, dentro, claro está, de las posibilidades de esta aldehuela, he corrido el pueblo de punta a cabo.

JAVIER.—¿Y ha encontrado usted dos armas iguales?

AMADOR.—¡Imposible! En este pueblo no hay dos armas iguales ni para un remedio.

JAVIER.—Entonces, ¿qué trae usted ahí?

AMADOR.—Todo lo que encontré, después de una minuciosa requisa. Una escopeta de pistón *(Muestra todo lo que dice)*, que parece mentira que la sigan llamando de pistón, porque está rota. Un retaco, fuego central, del tahonero, sin culata. Una bayoneta sin punta, de un tal Cascales, que sirvió en el ejército; ya no sirve. Una pistola de uno que le llaman el Ratón; no tiene gatillo. Un sable sin empuñadura, de un municipal que no ejerce. Y una espada de un novillero que ya no mata.

JAVIER. *(Desesperado)*.—Nada, nada; todo esto no sirve para nada. ¡No voy a poderme batir con ese miserable, Dios mío!

AMADOR.—Calma, calma... Mire usted, mi querido don Javier: con un poco de buena voluntad y un criterio de cierta amplitud, aquí, en realidad, hay dos armas iguales.

JAVIER.—¿Cuáles?

AMADOR.—La pistola y la bayoneta. *(Se las enseña)*.

JAVIER.—¿Y a eso le llama usted iguales?

AMADOR.—Hombre, digo que son iguales porque ninguna de las dos sirve para nada. La ofensiva, por tanto, se reduce a la contundencia, y dos hombres que se tengan gana, cada uno con una cosa de estas en la mano, dándose golpes en la cabeza, no crea usted que resultaría la ondulación Marcel, ni mucho menos. ¿Por qué no se anima usted?

JAVIER.—¡Pero, por Dios! ¡Dos caballeros haciéndose chichones!...

AMADOR.—¡Hombre, eso depende del ahinco!

JAVIER.—¡Qué contrariedad!... ¿Tendrá ese hombre la suerte de que yo no encuentre dos espadas?...

AMADOR.—¿Quiere usted que le escriba a Cagancho?

JAVIER.—¡No da tiempo! Vamos a buscar aquí, aquí mismo, en el pueblo, sea como sea.

AMADOR.—Bueno, querido don Javier; pero si no encontramos nada y el duelo no puede celebrarse, sólo le pido a usted un favor.

JAVIER.—Diga usted.

AMADOR.—Que en el banquete que sigue a toda cuestión personal que se resuelve amistosamente, que convide usted a su adversario a setas... que yo me arreglaré con el cocinero.

JAVIER.—¡Hecho!...

AMADOR.—Si no heredo, es que no se premia el ingenio en este mundo. *(Vanse foro)*.

ESCENA VIII

ELENA. Luego, CIRILO (de la iglesia).

ELENA. *(Por primera izquierda).*—¡Dios mío, se han ido!... Quiera Dios que no encuentren arma ninguna, porque si no, esos dos locos se matan. ¡Se matan por mí!... ¡Y la responsabilidad y el dolor! ¡Ah, esto es espantoso! Y si no se matan, también es espantoso, porque Agustín ya no me gusta; desde que le he visto con el traje del señor cura, me parece que todo le sobra... Y Javier... ¡Javier ya no me quiere!... Y sola, despreciada de todos, ¿qué hace una mujer en el mundo? *(Llora sin consuelo en un rincón).* ¿Qué hace?

CIRILO. *(Entra de la calle y no la vé).*—Fastidiarse y nada más. Es lo que le toca a uno siempre. Anoche me mandó el señor cura a Orcajo, con la yegua, a poner un telefonema. ¡Pasé un miedo!... Pos esta mañana, de güelta, he tenido que traer a don Lesmes, el organista, que viene a afinar el armonium de la iglesia... ¡Pos él, amontao, y yo, nueve kilómetros a pie! *(Se fija en Elena).* ¡Arrea no la había visto! La señorita forastera, que está llorando... ¡Mi madre, qué señorita más guapa! *(La escucha).* ¡Y qué manera tan elegante tié de llorar!... Ji, ji, ji... *(La imita).* Llora con una finura. ¡Esto es llorar, y no lo de mi tía Ufrasia! ¡Da gusto oirla!... ¿Qué tendrá?... *(Alto).* Güenos días, señorita.

ELENA.—Hola, Cirilo.

CIRILO.—Qué, ¿se sozolla?... Digo, ¿se solloza?

ELENA.—Perdona, si te molesto con mi llanto.

CIRILO.—¡Quite usté d'ahí! ¡Ojalá tenga usté un disgusto caa día, naa más que po el gusto de vela a usté limpiase las lágrimas con esa finura y gimotear con esa elegancia!

ELENA.—¡Es que es muy triste lo que pasa, Cirilo!

CIRILO.—Ya m'han dicho no sé qué, de que tenía usté un novio y se le presentó otro novio.

ELENA.—Sí. El mismo día de la boda el hado fatal truncó mi dicha.

CIRILO.—¿Helado el día o la boda?... ¡Amos, hay caa novio!...

ELENA.—Y sola y despreciada de todos, ¿dónde voy?

CIRILO.—Y digo yo una cosa, ¿si no tiene usté donde ir, por qué no se queda usté aquí?

ELENA.—¿Pero aquí?...

CIRILO.—Güeno, no digo aquí precisamente; pero se pué usté meter en un convento de madres Mercedarias descalzas, que hay a media legua.

ELENA.—¡Un convento! ¿Y se está bien allí?

Cirilo.—¡ Como en la gloria! Yo tengo allí una tía, que se llamaba María de los Dolores; pero al entrar la pusieron María de la Consolación. La quitaron los Dolores. ¡ Y s'ha puesto más gruesa!

Elena. *(Ya interesada)*.—¿Y qué hábito llevan?

Cirilo.—Un hábito precioso, blanco y negro. Usté paecería una santita con él.

Elena.—¿Sí?

Cirilo.—¡ Y si viese usté a las madres, que las hay mu guapas, pasear, rezando, por aquel huerto que tienen...

Elena.—¡ Será precioso!

Cirilo.—Too lleno de rosales y pasionarias. ¡ Con un cipresal que los días de mayo echa un olor más riquísimo!

Elena.—¡ Oh, Cirilo, qué sugestiva pintura!

Cirilo.—Y hay que ver al medio día cómo bajan de los aleros de la torre a beber en la alberca unas palomas blancas como la nieve.

Elena.—¡ Palomas blancas!

Cirilo.—Y luego, por la tarde, el esquilón del convento toca el «Angelus» y las madres van al coro, y hay que oirlas cantar cuando suena el órgano. ¡ Talmente paecen ángeles! *(En este momento suena en la iglesia muy suavemente el «armonium», que toca un canto religioso)*.

Elena. *(Cayendo en éxtasis)*.—¡ Oh, sí, sí!... Calla, calla... ¿Oyes esa música celestial?

Cirilo.—Oiga usté, señorita, que eso no es música celestial, que es don Lesmes que está afinando el «armonium».

Elena.—¡ No, no! *(Se arrodilla)*. El camino del Cielo se abre para mí; tienes razón: me iré al convento... *(Sigue la música y Elena rompe a cantar)*.

Cirilo.—¡ Ay, mi madre, que canta, que pone los ojos en blanco!... ¡ Ay, que esta señorita me s'ha extraviao! *(La llama)* ¡ Señorita!...

ESCENA IX

Dichos y Don Agustín (del foro).

Don Agustín. *(Que entra. Sacudiéndola el hombro)*.—¡ Elena!... ¿Pero qué hace?...

Cirilo.—Pos desafinar; ya lo oye usté.

Don Agustín.—Elena, óyeme, que vengo porque los instantes son gravísimos. Acaban de llegar tus padres.

Elena.—Me es igual. Mi reino no es de este mundo.

Don Agustín. *(A Cirilo)*.—¿Pero qué le ha pasado a esta señorita para caer en esta idiotez?

Cirilo.—Si no sé; yo le estaba hablando de una tía mía, y de repente cae de rodillas y me dice: «S'abierto el camino del Cielo: Dios me llama...», y rompe a cantar. Yo, al ver cómo desafinaba, voy y la digo: «Que Dios no la llama a usté por ese camino»; pero no m'ha hecho caso, y ahí la tié usté.

Don Agustín.—¡Por Dios, Elena, atiéndame! Debemos huir antes que nos sorprendan.

Elena.—Nada me importa ya. Solo Dios es mi guía.

Don Agustín. *(A Cirilo)*.—¿Pero qué le has dado?

Cirilo. *(Apurado)*.—Yo no la he dao naa; yo soy inocente, señorito... Que me registren y verán.

ESCENA X

Dichos y el Padre Lucas (de la primera izquierda).

Padre Lucas.—Señorita, señorita; sus papás acaban de llegar al pueblo. Es preciso parar el primer golpe.

Elena.—Mi reino no es de este mundo.

Padre Lucas. *(Asombrado)*.—¿Qué dice?

Cirilo.—No sabemos.

Padre Lucas. *(A don Agustín)*.—¿Y tú aquí también?

Don Agustín.—Aquí también, señor cura. Esto es un momento decisivo de mi vida. Ya sabe usted cómo adoro a Elena, y o me la llevo, o muero aquí.

Voz de Sixta. *(Fuera)*.—¡Lucas, Lucas!...

Padre Lucas.—¡Ellos!... *(Aterrado)*. ¡Por la Santa Virgen, ocúltese aquí. (Casi a la fuerza oculta a Elena primera izquierda)*. Y tú *(A don Agustín)*, métete en ese cuarto. *(Lo oculta violentamente primera derecha)*.

Don Agustín. *(Saliendo de nuevo)*.—Según lo que oiga procederé: si me la niegan y oye usted un tiro, suplico un Padrenuestro.

Padre Lucas. *(Furioso)*.—¿Un Padrenuestro? Bueno; no te doy así y te acogoto así y te machaco así... *(Enfurecido da puñetazos al aire)*, porque... *(Mirando al Cielo)*. ¡Perdona mi ira, Dios mío, pero se me acaba la paciencia y voy a decirles a todos... *(Exaltándose más cada vez)* cuántas son cinco!... Y van a conocerme; vaya si van a conocerme. *(Pasea agitado)*.

ESCENA XI

Dichos, Don Lisardo, Doña Paloma, Sixta, Javier (de la calle).

Sixta.—¡Lucas!, ¡Lucas!...

Padre Lucas.—¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

SIXTA.—Mira: aquí; estos señores, los papás de esta señorita...

DON LISARDO.—Señor cura, hemos venido devorando kilómetros.

PADRE LUCAS.—Que les aprovechen. ¡Bien venidos!

DOÑA PALOMA.—¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija?

PADRE LUCAS.—Buenos días, ante todo.

DON LISARDO.—Señor cura, perdone usted, pero la indignación no me deja articular una sola palabra.

PADRE LUCAS.—Pues cálmese y articule, señor mío; si no, no vamos a entendernos...

DOÑA PALOMA.—¡Ay, padre, ¿donde está mi hija?... Para que usted comprendiese mi estado yo quisiera que usted fuese madre, padre.

PADRE LUCAS.—No disparate, señora. Usted no está para hablar. Sentarla, darla agua y que se calle. *(A don Lisardo):* Y respecto a usted, diga lo que desea, caballero.

DON LISARDO.—¡Qué voy a desear, señor cura, sino vengar los ultrajes inferidos a mi honor por un miserable!

PADRE LUCAS.—¡Esta no es casa de venganza!

DON LISARDO.—¿Cree usted que elige sitio para saciar su furor un padre ultrajado.

PADRE LUCAS.—El ultraje que nos infieren los demás muchas veces, señor mío, es un castigo del Cielo... ¿Y usted sabe, antes de pensar en vengarle, si ha merecido ese castigo?

DON LISARDO.—¿Qué quiere usted decir, señor cura?

PADRE LUCAS.—Pues quiero decir que yo vivía santamente en una paz cristiana y amable y que de repente he visto mi hogar asaltado por una turba de energúmenos enfurecidos, pero enfurecidos por sus propios pecados, y que ya que los tengo a todos aquí no quiero soltarlos sin decirles antes cuatro verdades.

DON LISARDO.—Señor cura...

PADRE LUCAS.—Nada, ni una palabra más. *(Vase primera izquierda y abre).* ¡Aquí está su hija!

DOÑA PALOMA.—¡Hija mía!

PADRE LUCAS.—Usted se sienta y calla.

DON LISARDO.—¡Elena!

ELENA.—¡Papá!

DON LISARDO.—¿No te abochorna mi presencia? ¿No te avergüenzas del borrón que has echado sobre mi honor! ¡Huir con un hombre casi del pie mismo del altar! ¿Es esa la educación que te he dado?

PADRE LUCAS.—Esa es la educación que usted le ha dado, sí, señor.

DON LISARDO.—¿Qué dice usted?

PADRE LUCAS.—Que esa precisamente es la educación que

usted le ha dado, señor mío... ¿O cree usted que a una niña cuyo corazón ha querido usted acomodar a la conveniencia de sus negocios, dándole hoy un cariño y quitándoselo mañana, tiene usted, honradamente, derecho a pedirle firmeza en sus afectos y buen juicio en sus determinaciones?

Don Agustín. *(Se asoma).*—¡ Muy bien ! *(Se oculta).*

Don Lisardo. *(Al verlo).*—¡ Ah, miserable !

Padre Lucas. *(Le detiene con un ademán).*—¡ Quieto ! ¡ No, señor mío, no tiene usted derecho ! Educando así a los hijos, no se tiene derecho más que a sufrir sus locuras y a resignarse con sus veleidades.

Don Lisardo.—Pero mi hija es mi hija.

Padre Lucas.—Pero su corazón es suyo.

Don Lisardo.—Y yo debo guiarla.

Padre Lucas.—Pero por el camino de su bien, no por el de la conveniencia de usted.

Don Agustín. *(Como antes).*—¡ Bravo ! *(Se oculta).*

Don Lisardo.—¡ Ah, miserable !

Padre Lucas.—¡ Quieto ! De modo que a mi juicio, lo único que pueden ustedes hacer con esta señorita es encomendar a quien sepa que la eduque la voluntad, y cuando sea una mujer, ¡ una mujer !, no una veleta, que venga y escoja entre ese pollo... bien o aquel suicida frustrado.

Todos.—¡ Pero nosotros... ! ¡ Yo... !

Padre Lucas.—Nada más.

Todos.—Es que considere...

Padre Lucas.—Que nada más he dicho...

Doña Leona. *(Saliendo segunda derecha con una ristra de chorizos).*—Señor cura, estos chorizos ¿están curados?

Padre Lucas.—¡ No, señora ; están en la convalecencia ! Y no vuelva usted a meterse en la despensa, porque vamos a poner cepos. *(A don Lisardo):* De modo que ustedes a su automóvil... *(Se van).* Usted, al que lo trajo. *(A Javier).* Tú *(A don Agustín)*, al tuyo... *(Vanse todos).* Y nosotros, donde estábamos... Cirilo, llama a la misa... *(Cirilo toca la campana).*

Doña Leona. *(Entrando).*—¿Quiere usted que le prepare el altar?

Padre Lucas. *(Vivamente).*—No, que se me bebería usted el vino.

TELON

OBRAS DE CARLOS ARNICHES

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Las guardillas.
Candidato independiente.
La leyenda del monje.
Calderón.
Nuestra Señora.
Victoria.
Los aparecidos.
Los secuestradores.
Vía libre.
Los descamisados.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
El otro mundo.
El príncipe heredero.
El coche correo.
Las malas lenguas.
La banda de trompetas.
Los bandidos.
Los conejos.
Los camarones.
La guardia amarilla.
El santo de la Isidra.
La fiesta de San Antón.
Instantáneas.
El último chulo.
La Cara de Dios.
El escalo.
María de los Angeles.
Sandías y melones.
El tío de Alcalá.
Doloretes.
Los niños llorones.
La muerte de Agripina.

La divisa.
Gazpacho andaluz.
San Juan de Luz.
El puñao de rosas.
Los granujas.
La canción del náufrago.
El terribe Pérez.
Colorín colorao...
Los chicos de la escuela.
Los pícaros celos.
El pobre Valbuena.
Las estrellas.
Los guapos.
El perro chico.
La reja de la Dolores.
El iluso Cañizares.
El maldito dinero.
El pollo Tejada.
La pena negra.
El distinguido sportman
La noche de Reyes.
La edad de hierro.
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios.
La carne flaca.
El hurón.
Felipe segundo.
La alegría del batallón.
El método Górritz.
Mi papá.
La primera conquista.
El amo de la calle.
El trust de los Tenorios.
Genio y figura.
Gente menuda.
El género alegre.
El príncipe Casto.
El fresco de Goya.
El cuarteto Pons.
La pobre niña.
El premio Nobel.
La gentuza.
El corte de Risalia.
El amigo Melquiades.
La sombra del molino.
La sobrina del cura.
Las aventuras de Max y Mino.
El chico de las Peñuelas.
La casa de Quirós.
La estrella de Olympia.
Café solo.
Serafín el pinturero.
La señorita de Trévelez.
La venganza de la Petra.
¡Que viene mi marido!
El agua del Manzanares.
Las lágrimas de la Trini.
Las grandes fortunas.
La mujer artificial.
El conde de Lavapiés.
La maña de la mañica.
La flor del barrio.
Los caciques.
No te ofendas, Beatriz...
La chica del gato.
La heroica villa.
Mariquita la Pispajo o No hay bien como la alegría.
Es mi hombre.
La hora mala.
La tragedia de Marichu.
La locura de Don Juan.
La dichosa honradez.
Los milagros del jornal.
El camino de todos.

Angela María.

La risa de Juana.

Don Quintín el Amargao o El que siembra vientos.

El tío Quico.

¡Qué hombre tan simpático!

El tropiezo de la Nati o Bajo una mala capa...

¡Qué encanto de mujer!

La cruz de Pepita.

El señor Pepe el Templao o La mancha de la mora...

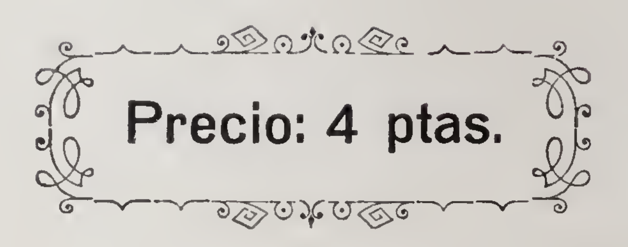
Los celos me están matando.

En Aragón hi nacido.

El último mono o El chico de la tienda.

¡Mecachis, que guapo soy!

Me casó mi madre o las veleidades de Elena.


Precio: 4 ptas.